LA NOVELA CORTA
10 cts.
LA VOCACION
por
Salvador Rueda

Año VI
N.º 280

LA NOVELA CORTA

Madrid 23
Abril 1921

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID. — CALVO ASENSIO, 3. — TELÉFONO J-624. — APARTADO 498

Consecuentes en nuestro apostolado de divulgación literaria, hemos emprendido la más magna empresa cultural, jamás llevada a cabo por ninguna publicación española. Esta Revista, después de haber avalorado sus páginas con las más preciadas joyas de la literatura nacional, EL ROMANCERO, EL REFRANERO, EL QUIJOTE, etc., está publicando una serie de trabajos, tan completos e interesantes como una Antología, acerca de los más ilustres novelistas españoles contemporáneos: Galdós, Palacio Valdés, Blasco Ibañez, Alarcón, Clarín, Pio Baroja, Juan Valera.

El día **30** de **Abril** consagrará un número a **DON JOAQUIN**

DICENTA

ilustre autor de las originales obras

ESPOLIARIUM.—EL SUICIDIO DE WERTHER.—HONRA Y VIDA.—LA MEJOR LEY.—LOS IRRESPONRABLES.—EL DUQUE DE GANDIA.—LUCIANO.—DE LA BATALLA.—JUAN JOSE.—EL SEÑOR FEUDAL.—AURORA, ETCETERA, ETC.

30 cts.

LA VOCACION

NOVELA ESCENICA INÉDITA EN TRES JORNADAS, EN PROSA, ORIGINAL DE

SALVADOR RUEDA

(Escrito expresamente para La Novela Corta)

PERSONAS

ANGELES.-LUIS, obrero.-DOÑA PASCASIA; de su medio idiotez religiosa ha de resultar lo cómico de su carácter. - DON HOMOBONO. - DON JESUS.- PACO.-ROSA.-ENRIQUETA.-MATILDE.-EL «SUSPIROS».-ASUNCION. - DON CIRILO.-SOR FAVILA.-HONORATO.- RAPAVELAS.-AMA (o Paca).-GLORIA.-LOLA.-ELISA.-JULIA.-MARQUES.-FABRICIO.-«CEFIRO»
Lugar de la escena, una ciudad andaluza.-Epoca actual.-Derecha e izquierda, las del espectador.
La acción de esta comedia es continuada.

NOTA.—¿Es lícito a quien siempre cantó la grandeza de Dios en los templos, en la naturaleza y en la vida universal, poner de manifiesto en una obra, con su ambiente apropiado, a varias significaciones sociales sin vocación en sus carreras—el médico, el artista, el maestro, el político, el legislador, el sacerdote sin fe—, para con lo edústico de la repulsa, reintegrar la pureza de los valores humanos a la vida? Si es lícito—sobre todo en quienes más dañan el cuerpo y el alma, como son el sacerdote sin fe y el médico sin vocación—, poner de relieve sus hechos para corregirlos, entonces encontrarán los juicios imparciales noble y elevado el tema de esta obra. Y por el contrario, si a pesar de lo sano del propósito y de lo santo de la idea, se creyese que no debí tildar al hombre profano que rebaja lo divino, porque todos necesitamos perdón; si eso se creyera, yo daría por no escritas estas páginas y borraría con sangre de mi corazón, una por una, todas sus palabras.—Salvador Rueda.

JORNADA PRIMERA

Sala de una familia de la clase media. Puertas a los lados y al foro; ésta, conduce a la calle.

Angeles y Luis; este último, de blusa, y ambos de pie y cerca de la puerta del foro.

Luis.-(Que se mostrará muy apasionado.) Pero ¿es verdad lo que me estás diciendo?

Ang.—Mucho siento haberte dao la noticia, pero de algún modo tenía que ser.

Luis.—Nunca creí que tuvieras corazón pa matar a un hombre.

Ang.—No soy yo, Luis: es mi madre la que quiere que esto concluya.

Luis.—¿Y to porque no soy señorito? ¿porque visto blusa? ¿porque no tengo palabras finas? ¿Qué voy a tener, siendo hijo del pueblo?

Ang.-Lo comprendo, pero ponte en mi caso; para mí, mis padres son lo primero.

Luis.—Por que otro me estará quitando tu cariño.

Ang.—Te engañas; sabes que los jóvenes que vienen a mi casa, tienen novia.

Luis.—Menos uno, que no pué tenerla, y que te ronda.

Ang.—¿Quién?

Luis.—Don Jesús.

Ang.—¡Jesús mil veces!

Luis.—Así se llama; y por apodo «Alegrías».

Ang.—¡Qué pensamientos, Luis!

Luis.- Pues nadie me lo quita de la cabeza, Angeles.

Ang.—¡Siendo quien es!

Luis.—Hay quien dice que te mira.

Ang.—¿A mí?

Luis.—A tí.

Ang.—Nos requiebra a todas las jóvenes, porque es alegre, porque es divertido, pero nada más.

Luis.—Porque es un disfrazao. Tanto como el que más, respeto yo un hábito puesto con honradez, pero Dios me perdone si creo que el de ese hombre...

Ang.—No cometas sacrilegios.

Luis.—Capaz es de haberte vuelto el sentío.

Ang.-No te puedo consentir que me hables de ese modo: entre tú y yo, todo acabó.

Luis.—Buscaré a ese hombre.

Ang.—Harías mal. El que nuestras relaciones acaben, consiste solo, como te he dicho, en que mi madre no quiere que hable contigo. Sueña para mí otra cosa.

Luis.—¿Un señorito?

Ang.—No lo sé.

Luis.—¿Y por qué me hicistes creer en tí?

Ang.—(Emocionada.) Porque te quise, porque... ¡te quiero!

LUIS.—¿Y me has engañao?

ANG.—Obedezco.

LUIS.—Pues mi blusa es tan honrá como la levita que más lo sea; no tengo porte de Señor, pero sé querer; no tengo caudales, pero sí mi modo de vivir ganao con mi taller de ebanista; no sabré ponerme una corbata, pero se dar mi vida por tí. ¡Por Dios, Angeles!

ANG.—Déjame, Luis. Esta es la última vez que nos vemos.

LUIS.—(Cogiéndola de la falda, con respeto.) Escucha: óyeme por tu salvación.

ANG.—Que no.

LUIS.—Un minuto.

ANG.—Que no, que no.

LUIS.—Por la gloria de...

ANG.—Adiós. (Vase.)

LUIS.-(Solo.) ¡Dios mío! Este golpe hace pedazos mi vida. ¡Acecharé, indagaré!

«Rapavelas», (criado de Don Jesús); Asunción, (criada de Doña Pascasia y de Don Homobono); el primero, trae una gran fuente de natillas.

RAP.—(Observando que no hay nadie.) ¡Alabado sea Dios!... La puerta abierta y nadie aquí. Me parece que ese de la blusa llevaba cara de pocos amigos. ¡Alabado sea Dios nuestro Señor!... Nadie contesta. ¿Qué le habrá pasado a Asunción?... ¡Ave María Purísima!... Nada. ¿Si se me habrá ido con otro? ¡Repito que Ave María Purísima, caracoles!

ASUN.—(Trayendo en las manos enseres de cocina.) ¿Quién anda ahí? ¡Ah! ¿eres tú?

RAP.—(Al verla, casi cae de emoción.) ¡Cómo se me ha puesto el corazón! ¡Pon el oío y verás! «¡Pun, pun, pun!»...

ASUN.—Trae esa fuente, hombre. (La pone sobre una mesa.) ¿De quién es esto?

RAP.—De Don Jesús. Como es el cumpleaños de tu ama, me manda el mío con este regalo.

ASUN.—¡Ay Rapavelas!

RAP.—Me llaman. ¿Y Doña Pascasia, tu ama?

ASUN.—Fué de iglesias, y no tardará en volver.

RAP.—¿Y Don Homobono? ¿y la señorita Angeles?

ASUN.—Por ahí dentro andan; él, como siempre, sacando los reyes der mundo por los sellos de cartas.

RAP.-¡Que manía! Cada cual con la suya. Yo tengo la de hacerme peazos por tí.

ASUN.—¡No vaya a tener que recojerte en un saco!

RAP.—Lo dicho; por tí, me escompongo.

ASUN.—Mira, no te desbarates, que luegó, pa buscá que vengan bien los peazos, va a ser un mareo.

RAP.—Esta mañana, he estao arriba en la torre a atarle cordel nuevo a la campana y cuando empecé a repicar me acordé de tí.

ASUN.—Gracias, hombre, digo, Sacristán.

RAP.—Después bajé, le puse cera nueva a los candelabros y cuando encendí las luces, me acordé también de tí.

ASUN.—Siempre me tienes en el pensamiento.

RAP.—(Mirándola con codicia.) Reló me quisiera volver, pa dar la hora por tí, y pa que tu me dieras cuerda. Si yo fuera la campana gorda, esa que toco los domingos y suena tan ronco, estaría siempre diciendo: «¡Asunción, Asunción, Asunción!»...Y toque de incendios sería,porque ya sabes que ardo por tí como un castillo de fuegos. Por tí suelto yo cohetes,tronios y hasta culebrinas. (Va a abrazarla.)

ASUN.—(Cogiendo un jarro de agua.) Pues al fuego, agua. ¡Toma, toma! (Lo persigue por la escena, y el huye escapado imitando los silbidos de los fuegos artificiales.)

HOMO.—(Por la izquierda.) ¿No ha venido todavía la señora?

ASUN.-Al venir debe estar Ahora habrá acabao la novena en«El Dulce Corazón»

HOMO.—(Inspeccionando un sello a través de los lentes.) ¿Quién será este rey? Oye, ¿sabes tú quién fué Alarico?

ASUN.—¿Alarico?... No recuerdo. ¿Alguna visita de casa?

HOMO. No, mujer. Es uno de los sellos de mi colección, y no se si representa a ese Emperador de Alejandría.¿Y Chindasvinto?¿Sabes tú quién fué Chindasvinto?

ASUN.—Vaya, señor, que con eso de los sellos, yo no voy a poner estanco. Me voy a la cocina. (Desaparece llevándose la fuente de natillas.)

HOMO.—¿Llaman? Abriré.

Don Homobono y Doña Pascasia; ella con velo y el devocionario en la mano.

HOMO.—A propósito, mujer, llegas como llovida del cielo. ¿Sabes quién fué Amílcar Barca?

PAS.—¿Algún canónigo de Sevilla?

HOMO.—¡Que canónigo, ni que..! Creo que fué un rey de Tesalia.

PAS.—Pero yo ¿qué voy a saber de eso? ¡Si vieras que novena! ¡Y al final, sermón! ¡Qué oración sagrada! ¡qué predicadó! ¡qué pico!

HOMO.—¿Se trata de algún loro?

PAS.—¿Loro? El «Padre Alegrías»; nuestro directó espirituá.

HOMO.-¡Nuestro Director espiritual, un hombre que es de Sanlúcar de Barrameda!

PAS.—¡Ay Homo, qué ceceo tan gracioso! Subió ar púrpito, ¿sabes? con er bonete de medio lao, y como si le fuera a brindá arguna suerte a Nuestro Señor, le dijo yo no sé qué cosa en latín y le jizo, con er bonete así tres veces, saludándolo. Después, se lió el trapo al brazo, quiero decir, las mangas de la sobrepelliz, ¡y lo que empezó a echar por aquella boca!

HOMO.—Siendo tan jacarandoso don Jesús, echará unas peteneras.

PAS.—Fué un floreo a las jóvene; y cuando dijo, antes de empezar, «Amados hermanos míos en Jesucristo», me corrió un escalofrío por la nuca que me puso la carne de gallina. Hoy se congratula la iglesia—dijo—de ve reunido a los pie de María, ¿me ha comprendido usté?...

HOMO.—Sí, comprendo.

PAS.—No, si esa es una muletilla que él dice mucho cuando predica. «Hoy se congratula la iglesia Católica, ¿me ha comprendido usté? de vé reunido a los pie de María, a to er mujerío de esta localidá, que viene a ofrecerle flores de los pensiles de Caravaca; ¿me ha comprendido usté?

HOMO.—Es muy elocuente; sigue.

PAS.—¡Qué día de esplendó, amados hermanos míos, para la iglesia. Aquí veo reunidas, a Rosa Carvajal, que es una perita en dulce; a Manuela Cañizares y Torregrosa, que tiene un par de ojos que dan el opio; a Matilde Avendaño, que tiene una cintura que cabe en un anillo; a Rosalía, ¿me ha comprendido usté? González y González, que tiene una boca más fresca que una rosa...

HOMO.—Pero ¿así se puso a piropear a las mujeres?

PAS.—¡Anda! tal como lo hace en paseo y en todas partes; ya lo conoces.

HOMO.—Sí, tiene estilo propio... para que algún día ¿me ha comprendido usté? le den una bofetada. Pues mira, no me gusta mucho a mí que el Páter tenga tanta confianza con nuestra hija.

PAS.—¿Con quién mejó que con un representante de Dió?

HOMO.—Ese representante, me parece a mí demasiado... «curro», pa andar tan metido entre ellas.

PAS.—No seas mal pensao. Es que él es así: confiesa a todas las jóvenes, las aconseja, y va y viene con ellas, porque es tan bendito como populá. ¡Y más, cuando pensamos en er monjío para nuestra hija, ya ves si nos conviene don Jesús!

HOMO.—Piensas tú; yo no.

PAS.—Ya habrá despedío Angeles a ese maestrillo ebanista, que quería robarle nuestra hija a la Iglesia. Nuestra hija será esposa del Señor.

HOMO.—Por lo menos ese esposo no le dará disgustos.

PAS.—Ella debe abrazar el hábito.

HOMO.—¡Mujer, con qué poca propiedad hablas! Querrás decir que se pondrá el hábito.

PAS.—Te estás burlando de lo que digo. En fin, tú déjame.

HOMO.—Sí, hay que dejarte porque, de lo contrario, habría que romperte las costillas.

PAS.—¡Anda tú también con tu manía... filatélica!

HOMO.—(Yéndose.) Para esto hay que saber mucha historia. A Amalarico, le sucedió Ludovico; a Ludovico, Teodorico; a Teodorico, Federico...

Doña Pascasia y Angeles; (ésta triste y con la cabeza baja.)

PAS.—(Aparte.) Ya se conoce que está sin novio. (Alto.) ¡Ven acá tú, reina, con esa cara que paece una rosa deshojá! ¿Vino Luis?

ANG.—Sí, señora.

PAS.—¿Y jicistes lo que te mandé?

ANG.—Sí, señora.

PAS.—¿Has puesto en la calle al chico de la blusa?

ANG.—Sí, señora.

PAS.—Así me gustan a mí las hijas, bien mandás. (Angeles solloza en silencio. Pero, no llores tú, gloria de mis entrañas, vida de mi vida. Eso te pasará pronto. Ya verás, ya verás qué novio te prepara tu madre, que no quiere más que tu bien; ya verás cuando empieces a tené relaciones con el del Madero.

ANG.—¿Otro ebanista?

PAS.—Del madero celestiá, mujé; der divino Padre.

ANG.—¿Del «Padre Alegrías»? ¡Pero mamá!

PAS.—No, mujé; se trata de Nuestro Redentó.

ANG.—¿Y de él voy a ser yo novia?

PAS.—¿Te da miedo de Dios, hija mía, de Dios que está en el cielo?

ANG.—¿En el cielo? A mí me gusta un novio más cerca.

PAS.—¿Qué más cerca que sentirlo en tu corazón?

ANG.—Ahí siento yo a Dios, sin necesidá de otra cosa.

PAS.—¡Qué inocente eres, hija! La que se hace esposa de Dios, lo abraza con el pensamiento.

ANG.—¡Dios está muy arriba, madre, para que yo pueda alcanzar a él! Si tengo alguna vez esposo, quiero que si lo beso en la frente, me devuelva el beso en la frente, y si lo beso en la boca, me devuelva el beso en la boca.

PAS.—¡Sacrilegio!

ANG.—¿Sacrilegio? Pues usté, cuando se casó, no fué con nadie que estuviese en el quinto cielo.

PAS.—¡Verás si te pego!

ANG.—Usté, en vez de sentir a Dios en el corazón, quiso sentir a papá. ¡Nada, que quiere usté que yo sea monja a la fuerza! Yo haría una monja sin vocación, y eso es un pecado mortal.

PAS.—¿No sabes? ¿No sabes lo que pasa con tu hija?

HOMO.—(Que entra.) Como no me lo digas...

PAS.—¿No sabes lo que ha dicho aquí ahora mismo?

HOMO.—No.

PAS.—Que no quiere ser esposa del Señor.

HOMO.—Hace bien.

PAS.—¿Qué?

HOMO.—Que hace divinamente. Mientras en el mundo haya hombres de bien capaces de mantener, con honra, a una mujer...

PAS.—No digas disparates.

HOMO.—Pues no digas tú tonterías. Nuestra hija es demasiado humilde para unas bodas tan altas. Ni tiene vocación para el convento, ni para ser la esposa de Dios, ni para darle el abrazo al hábito, como tú dices. Y si a la muchacha no le gusta el olor a cera, ¿a qué meterla donde no debes?

PAS.—Eres un hereje.

HOMO.—Me alegro.

PAS.—(Con pedantería.) ¡No eres ortodoxo!

HOMO.—¡Qué había de ser yo «eso»! Sin embargo, ya ves cómo me conservo.

PAS.—No eres católico, apostólico romano.

HOMO.—Pero tengo apetito. Antes, me has estado dando cuenta del sermón del «Padre Alegrías», que es otro que también erró la vocación; y yo he escuchado con paciencia. Ahora me toca a mi predicar y a tí oir. Escucha. Por no verme precisado a romperte un hueso...

PAS.—¡«Homo»!

HOMO.—No te sulfures. Por no verme precisado a romperte un hueso, te estoy

consintiendo que vayas probando golosinas de convento en convento, oyendo no venas de iglesia en iglesia, y dejando un chorro de tonterías de confesonario en confesonario; te consiento todo eso, porque sé que, si eres tonta «por los cuatro costados», eres también virtuosa; pero en el momento en que quieras llevar a nuestra hija de convento en convento y de iglesia en iglesia perdiendo horas de trabajo y poniéndola al habla con el «Padre Pillalasatiento», o con el «Padre Matalascallando», el día en que tú intentes eso, ese día ¡no te queda de todo el costillaje una cuerda que suene!

PAS.—¡Como si fuera un pecao que el «Padre Alegrías», por ejemplo, nos envíe de vez en cuando una fuente de dulces!

HOMO.—Ahí tienes una de su parte. ¡Maravilla será que con el trajín que traes, de laticinios y de preceptos, no expongas nuestra hija a algo que le cueste su buen nombre! Le has hecho despedir a ese obrero honrado, que viste la blusa con más dignidad que algunos prójimos el hábito, y de eso vas a tener que arrepentirte. Para acabar mi sermón, te diré que si quieres paz en nuestro matrimonio, tira el rosario y coge la aguja; suelta el devocionario, ¿«me ha comprendido usté»? y coge la escoba; rompe el porrón de agua bendita que tienes atado a la cabecera de la cama, y déjate de clérigos y de monjas, de oficios y de maitines, de hermanitas descalzas y de hermanitas con calzado, y entra en juicio, porque de lo contrario, te pronostico que lo vas a pasar mal con este esposo tuyo que, aunque no es beato, es más religioso que tú, y respeta al que es buen sacerdote más que tú, sin farándulas, ni letanías, ni kirieleisones. «¿Me ha comprendido usté?»

Dichos y el «Padre Alegrías», trayendo de un brazo a Matilde y del otro a Rosa, ambas jóvenes. Viene de paisano. Es simpático en extremo.

ALE.—La pa e Dio sea en esta casa.

PAS.—Sea bien venido el «Padre Alegrías». Usté, como siempre, siendo el acompañante de las jóvenes. ¡Qué bueno!

ALE.—(Mostrando cogidas a las dos muchachas.) Me paece que pa entrá en la gloria, no iría yo mar cojío de estos dos ardabones.

HOMO.—(Aparte e irónicamente.) ¡Tiene mucha unción este hombre... nacío en la tierra de la manzanilla!

ALE.—(A Homobono.) ¿Qué le paecen a usté las dos asas de esta olla?

HOMO.—Que valen más que la olla las asas.

ALE.—¡Ja, ja, y qué gracia! ¡Doña Pascasia, mire usté qué par de caras: toas las rosas juntas, acordaron jacer ésta; y tos los claveles juntos, acordaron jacer esta otra.

ROSA.—Es usté un padre muy galante.

MAT.—Gracias por la ersageración de los claveles.

ROSA.—Y yo por la ersageración de las rosas.

MAT.—Pero suelte usté.

ALE.—Ya estáis sueltas, y lo siento: yo os quiero cerquita, muy cerquita.

PAS.—Usté siempre tan bromista y tan... «churripandú».

HOMO.—(Aparte, indignado.) ¿Qué le parece a usté? «¡Churripandú!».

ALE.—Sabiendo estas niñas que era el cumpleaños de usté, han querío que yo las acompañe; dentro de un rato vendrán de parte de sus familias por ellas.

PAS.—Muchas gracias por la atención; ¡ah, y por la fuente de natillas!

ALE.—Usté se lo merece tó. (Algo emocionado.) ¿Y Angeles, dónde anda?

PAS.—Por ahí dentro. Por cierto, don Jesús, que tenemos que hablar: quiero que usté me la aconseje.

ALE.—Bueno; usté me dirá. Si acaso, después, mientras la gente que venga a felicitar a usté, bromea y se divierte, yo me eclisaré con Angeles y le aconsejaré lo que usté quiera. (Aparte.) ¡A ver si esta noche cae la paloma!...

ROSA.—¿Le ocurre algo de particular a Angeles?

MAT.—¿Qué le sucede que no viene?

PAS.—¡Que se ha quedao sin novio, que lo ha despedío y está triste la pobre!

HOMO.—(Aparte. Yéndose.) ¡Me voy por no oir a esta idiota!

ROSA.—¡Se quedó sin novio!

MAT.—¡Sin novio! ¡Como quien no dice na!

◆

ALE.—Pues aquí estoy yo; ajorco la sotana y me caso.

PAS.—No quiero hombre de blusa pa mi hija; mi Angeles merece más que eso

ROSA.—¡Ya lo quisiera yo pa mí

MAT.—Sí, hija; ¡están tan malos los hombres... que hay que agarrarse aunque sea a un clavo ardiendo!

ALE.—Si le corre a usté prisa, agárrese a mí. Pa una farta...

ROSA.—¡Y que a buen hambre, no hay pan duro!

PAS.—Nada, ya lo ha dicho, ahorca la sotana; a él muchachas.

MAT.—Le huelen las ropas a incienso.

ALE.—Y el corazón me huele a canela.

ROSA.—A mí no me gustan los hombres de iglesia.

MAT.—Le están siempre a una sermoneando.

ALE.—No lo creas, rosa de abril. No serían sermones los que yo a ti te echaría.

PAS.—¡Ay que pícaro es don Jesús!

MAT.—Es que lleva debajo de la sotana, en vez de corazón, un par de castañuelas; y en derredor de la frente una pandereta.

ROSA.—¡Cómo se le conoce a usté que es sevillano!

ALE.—No; nací en Sanlúcar, solo que en ve de bautizarme con la concha, me bautizaron con una caña de manzanilla.

PAS.—Por eso es tan dicharachero.

ALE.—Gracias; puede usté tomar lo que guste. Nací en Sanlúcar, pero me recrié en Cádi, y cuando er cura me sazonó en la pila der bautismo, me metió en la boca un terrón de sal tan gordo, que iba yo a entrar en quintas y toavía lo estaba chupando. Mi madre era de Sevilla: echaba claveles al andar; tenía una mata de rizos que parecían er diluvio, y unos ojos que parecían el Señor de manifiesto, y una gracia que, al oirla, se reía el mismo sol. Su persona olía a arbajaca, a nardos, a jazmines, tenía un roción de pecas en la cara, que parecían las «cabrillas» der cielo; en mitá de la barbilla, un hoyo que cabía en él un beso justo y cabal, y cuando se echaba a reir, la empezaban a salir mariposas de entre los labios que aquello no acababa nunca; su corazón lo había tenío Dios en los deos antes de metérselo en el pecho, y sus manos eran dos cachos de terciopelo para jacer mimos y caricias de madre. Esa era la mía: ¡Dios la tenga en su santa gloria! (Pausa.)

ROSA.—¿Y su padre?

ALE.—Mi padre tiraba de los cabos, era zapatero; yo no ocurto mi origen. La vez que abría los brazos tirando de las hebras de cáñamo, yo creía que me abraba. Era alegre también, como mi madre; mientras echaba un pespunte en derredor de una bota, bajo ca puntá, dejaba sujeta una copla; y ca vez que sepultaba la lezna, mechaba la suela con un estribillo. Bota que acababa mi padre, cantaba ella sola, y cuando una andaluza iba por la calle llevando unas botas jechas por él, sus pies eran una parranda, una rondalla, una fiesta con platillos, guitarras y bandurrias. Como calzaba a mujeres andaluzas, había que ver la colección de hormas que tenía mi padre; la colección parecía un almendro lleno de almendras; y esas eran las más grandes; tenía en la colección piñones, granos de trigo y granos de arroz; y botas había hecho mi padre en un par de granos de alpiste, que le estaban grandes a alguna sevillana y había que meterles un par de plantillas.

PAS.—¡Eche usté fantasía!

ALE.—¡Ese era mi padre! ¡Dios le haya dao mujeres así que seguí carzando allá arriba!

ROSA.—(A Matilde.) ¡Ay, yo me vuelvo loca oyendo a este hombre!

MAT.—(A Rosa.) Y yo; qué lástima que sea...

ALE.—Y de ese padre y de esa madre, nací yo. Mi madre se empeñó en que yo cantara misa, cuando lo que a mi me estaba pidiendo el cuerpo era cantar seguirillas, jaberas, soleares, polos, medios polos y tangos; quiso que yo pusiera los pies ante el altar y a mí se me hacían porvo los pies por bailar alegrías, fandangos, vito, chacona, zorongo y todo cuanto Dios crió. No tengo yo la curpa de que el hábito no vaya puesto con la formalidá que se debe en este cuerpo, por que cura me hicieron sin vocación; pero por lo mismo que a sangre me pie manzanilla y jolgorio, ya deben saber las niñas bonitas a qué atenerse; y no digo más

por que si en vez de echar mi lengua palabras, echara chorros de agua, era capaz de reproducir el diluvio universal. He dicho. (Se sienta.)

Dichos; Angeles y el Suspiros, con una guitarra.

SUS.—¿Se pué pasar?

PAS.—Adelante. ¡Ay, que es el «Suspiros»! Bien venido.

SUS.—Prometí a Angeles que vendría un poquito la noche del cumpleaños de usté, y aquí estoy.

PAS.—Y, ¿qué tal, qué tal?

SUS.—Siempre amarrao a esta caja de las penas: (Por la guitarra.) pa usté su capital son sus dineros; pa mí, este ataú con cuerdas.

PAS.—Er «Suspiros» ha sío profesor de Angeles, y es tan amable que todos los años por mis días viene a darnos un poquito de música.

ROSA.—¡Ay! ¿Va usté a tocá?

MAT.—¡Quién supiera pasar la mano por las cuerdas!

SUS.—Si usté quiere, yo la enseñaré a pasar las manos. Es una cosa muy fácil: empieza usté torpe, y mientras más suelta se le va a usté poniendo la muñeca, mejó sabe usté tocá.

MAT.—Es muy difíci aprendé la guitarra.

ROSA.—Toque usté alguna cosa.

SUS.—Lo que ustedes quieran. Ustedes dirán.

PAS.—(En diálogo aparte, a don Jesús.) Pues sí, padre Jesús. Creo que mi hija debe ser monja; no paro hasta que no la vea en el convento.

ALE.—La idea es de primerísima y para lo que usté me necesite estoy a su disposición.

PAS.—Quiero que usté la convenza, que usté la aconseje.

ALE.—No deseo otra cosa. Ahora aprovecharé un rato para darle a solas buenos consejos.

PAS.—¡Usté será su salvación y la mía, don Jesús!

ALE.—Descuide usté, que yo la pondré como nueva. ¡Vaya si la conduzco yo al claustro!

PAS.-A propósito; ahí tiene usté la sotana que dejó usté para que se la cosiera.

ALE.—(Riendo.) Me la pondré... por si alguien quiere casarse. (Entra habitación.)

ROSA.—(En el otro grupo.) ¿Y tardó mucho Angeles en aprendé?

SUS.—Solo medio año: a los seis meses sabía tocar varias composiciones.

ROSA.—¿Nos animamos a aprender, Matilde? ¿No te gustaría a tí saber tocar?

MAT.—¡Ya lo creo!

SUS.—Pues nada, yo las enseño. (Aparece Angeles.)

ANG.—Buenas noches. ¡Ah, que está aquí mi profesor! ¿Cómo va, maestro?

SUS.—Bien; ¿y usté, discípula?

ANG.—Acordándome siempre de lo bien que usté toca la guitarra. (Saludando a los demás.) ¿Qué tal, Rosa? ¿Y tú, Matilde?

ROSA.—Nos contaba el profesor lo pronto que aprendiste, y estábamos, Matilde y yo, animándonos para aprender también.

ANG.—Pues a ello. Es muy buen maestro el «Suspiros» y tiene mucha paciencia: conmigo ganó la gloria.

SUS.—Al contrario; aprendió usté sola.

ANG.—Gracias.

SUS.—Por una casualidá, sé que el padre «Alegrías» también sabe darle a las cuerdas.

ROSA.—¿El «padre «Alegrías»?

SUS.—Eso me han dicho.

MAT.—¿De veras?

SUS.—Dicen que como un maestro.

ANG.—No lo sabía.

SUS—Creo que toca y baila y canta, de buten, lo que se llama de primerísima.

ROSA.—Pues tenemos que hacerle bailar.

Dichos, Paco y Enriqueta por el foro. estos dos últimos, son hermanos.

ENR.—(Saludando.) ¡Angeles!

ANG.—¡Enriqueta! ¡Paco! Bien venidos los dos hermanos.

PACO.—(A Angeles.) Usté tan bonita como siempre.

ANG.—¡Qué amable!

PACO.—¡Cuánto bueno me encuentro aquí! ¿Qué tal, Rosa, Matilde?

ROSA.—Bien. ¿Y esa ganadería?

PACO.—Deseando de que ustedes la visiten.

ROSA.—¡Ay, nos da mucho susto!

MAT.—Estábamos proyectando aprender a tocar la guitarra.

ENR.—Si se forma clase, seré también de ella. Cuenten ustedes conmigo.

ROSA.—(A Paco.) Ya sé que a toreao usté en la corría de becerretes, y que pasó usté uno con toa las de la ley.

PACO.—Como en el campo tengo costumbre de pasarlos a la fuerza, algo se aprende.

ROSA.-He leío que tiene usté un modo de toreá suyo, que no recuerda el de nadie.

ANG.—Le pasa lo que al «Suspiros» tocando.

SUS.—Los tocaores y los toreros se parecen mucho en eso de tené ca uno un modo de tocá y de matá. No basta con sabé arañá las cuerdas, ni con meneá la muleta, es menester tené además un ánge, una cosa. que dice to er que la ve: «ese hombre tiene un estilo con patente, sacá en el Menisterio respective.» Y si no, que lo diga el padre «Alegrías», que aquí viene.

Dichos, don Jesús vestido de sotana, a poco doña Pascasia.

ALE.—He oío las últimas palabras de usté, y digo que tiene usté razón. Dicen der Fuentes, por ejemplo; pues er Fuentes ni tenía arte suyo ni na; su trabajo era imitao der Guerra. Antoñillo Reverte, sí tenía argo suyo: sus recortes capote al brazo, tenían exclusiva, así como el cambio a muleta plegá que daba en sus buenos tiempos. Mazantini, no era torero, era un señó particulá que por esport tumbaba carne. ¡Tenía que acabar en concejal! Algabeño, era un rústico metío a torero: no tenía ni jechuras, ni elegancia, ni alegría; er que se traía una personaliá dentro es er Guerra: ¡vaya un nene! De la escuela rondeña, tenía lo ceñío; de la cordobesa, la finura; de la sevillana, los arrestos desesperaos y los riñones que tuvo el Espartero; y de todo eso hizo él una cosa suya, suya pa er solo, y además un estilo, que viene a ser lo que es en el «Suspiros» un jacarandoso pespunteao por «tientos».

SUS.—Está usté templao de verdá, y en vista de eso, ahí va la llorona, y a decí to eso con las cuerdas. (Alargándole la guitarra.)

MAT.—Sí, Padre Alegrías, toque usté.

ROSA.—Vamos, don Jesús

ENR.—Baile usté.

PAS.—Y yo que lo vea.

PACO.—Olé y olé, vivan las sotanas... bien llevás....

ANG.—Baile usté, toque usté y cante usté.

ALE.—Bueno, pero esto es en familia ¿eh? que si no...

PAS.—Esto no sale de aquí.

ALE—¿Está templá?

SUS. Sí, señor; a zarandearla.

PACO.—Y tres áms, y arzá y olé.

ALE.—¿Qué va a ser?

SUS.—Un tango tocao, cantao y bailao.

ALE.—¿Tres cosas distintas y un solo gustito verdadero?

PAS.—¡Ay, qué Ministro der Señor tan entretenío!

ALE.—No; lo bailaré solamente; toque usté, y que alguien cante. (Devuelve la guitarra al «Suspiros.»)

PACO.—Rosa, deje usté oir ese canario que tiene en la garganta. (Rosa estará cerca de un bastidor y detrás de él habrá un tocador de guitarra y una cantadora de oficio; el «Suspiros» y Rosa, algo vueltos de espalda al público, imitarán estar tocando y cantando.)

ROSA.—(Aparentando que canta un tango.)

«En tocando a casorio,
no quea un hombre para un remedio,
y er problema difícil der matrimonio
se pone serio. (casa
Como quien va a la jorca, va quien se

hoy a la iglesia,..
y eso porque del novio, tiran lo bueyes
de una carreta.
¡Ay Dios, si esto no toma
mejor cariz,
no cabrán en diez filas los solterones
de aquí a Pekín,
y por cada hombre mozo que el matri-
quiera abrazar. (monio
va a haber entre las hembras un remo-
(lino
de puñalás.»

(Don Jesús bailará el tango no con mucha lubricidad; una de las veces quese agacha, sin perder el compás, empezará a sacarse la sotana por la cabeza a la vez que va levantándose en un molinete, y arroja al aire la hopalanda, que echan a un rincón de la estancia.)

PAS.-¡Ay que alhaja! ¡Este hombre lo mismo sirve pa un barrío, que pa un fregao!

SUS.—¡Duro, don Jesús!

PACO.—¡Olé to el apostolao!

MAT.—Otra copla, Rosa.

ENR.—Sí, venga otra.

SUS.—Pa que la baile sin sotana.

ROSA.—(Cantando.)

«Se han puesto las mujeres
tan rebaratas,
que están al mismo precio
que las patatas,
y la misma abundancia
que hay de mujeres,
es causa de que el hombre
ya no las quiere.
Yo he de inventar, señores,
un específico,
para que las mujeres
jinquen el pico,
y después que reciban
la Extremaunción,
quedarme yo solita con tos los hom-
de la nación.» (bres

ALE.—(Dejando de bailar.) Pues buena iba usted a escapar... Otro talla: que bailen las niñas.

ENR.—Sí, sí.

ROSA.—Vengan los palillos.

MAT.—(A Angeles.) Hay que animarse; búscalos.

ANG.—(Sacándolos de un mueble.) Aquí están.

ROSA.—(A Matilde.) Bailaremos tú y yo. Toque usté, «Suspiros». (Este templa.)

ALE.-(A Pascasia) Ahora es la ocasión, si a usté le parece, de hablarle a Angeles.

PAS.—(A don Jesús.) Sí

ALE.-Voy para afuera; avísele usté que venga. (Don Jesús se detiene a la puerta.)

PAS.—Angeles, ve con don Jesús, que tiene que hablarte muy despacio.

ANG.—¿A mí?

PAS.—Sí, ve con él, y cuidao que hagas to lo que te mande, ¿entiendes? to lo que te mande.

ANG.—Voy.

ALE.—(A Angeles.) Vamos fuera.

ANG.—¿A la sala de al lao?

ALE.—No.

ANG.—(Extrañada.) Entonces ¿dónde?

ALE.—No alce usté la voz.

ANG.—(Aparte.) ¿Qué será esto? (A la madre desde el foro.) Pero...

PAS.—Anda, anda y obedécele en to lo que te diga ¿Entiendes? en todo.

ALE.-(Saliendo con Angeles da un gran suspiro de satisfacción y exclama:) ¡Por fin cayó la paloma! (Vanse. En el momento de caer el telón, marcan guitarras, bandurrias y castañuelas unas seguidillas, que rompen a bailar Rosa y Matilde con extraordinaria animación.)

JORNADA SEGUNDA

Patio árabe de una casa andaluza; todo de blancos mármoles, con calados y columnas. Por éstas, suben enredaderas de campanillas azules. Entre las columnas hay colgados floreros y jaulas. En medio del patio, vése una fuente rodeada de macetas con toda clase de flores. En distintas direcciones hay asientos cómodos, mecedoras, «sillas largas», divanes y objetos de lujo «profano». Algún que otro detalle indicará que la casa es nonsanta. El aspecto general de la escena debe ser deslumbrador, brillantísimo, para que el público se encandile y quede fascinado. El señor Marqués y Paca, ésta ya de edad; tiene en la falda un diminuto perro lleno de lazos, al cual acaricia.

MAR.—De manera, Paca, que «Gloria» se sigue portando, ¿eh?

PACA.—Calle usté, señor Marqués, que esa mujer va a perdé la chaveta con

su afición al teatro. Es muy buena, porque quien una vez la ve, se quea amigo de ella, pero con su mardita afición al teatro, de na jase caso, y escuida la obligación y me trae de cabeza a las demás.

MAR.—Usted hace lo que le tengo dicho; déjela usted, y no le estorbe que lea, ni que se aprenda de memoria lo que quiera, ni que se vista de cómica, ni que represente lo que le dé la gana. Usted no pierde nada, ya lo sabe. Poco he de poder, si de esa mujer no logro sacar algo bueno.

PACA.—Usté sueña. ¿Qué va usté a sacá de una mujé así? Si ella hubiera nacío pa ser algo en el mundo ¿iba a estar aquí?

MAR.—De un estercolero puede salir un rosal. Aquí no está por su gusto: la trajo un mal corazón, que para engañarla, le prometió que la haría entrar en el teatro. Conociendo el flaco de ella, la engatusó con promesas falsas, y luego...

PACA.—La familia de Gloria tampoco quería cómica y le rompió los papeles de teatro y le pegaba. ¡Las palizas que le tiene dás su padre!

MAR.-Mal hecho: lo que ha de nacer, nace; y lo que ha de brotar, brota. Lo que el de arriba siembra aquí, (el corazón) aunque se oponga el mundo entero, sale.

PACA.—Será verdá to eso, pero usté debía dejarla y no meterse a Redentor. Cuando el diablo no tiene que jacer, se espanta las moscas con el rabo. ¿Se va usté a casá con ella?

MAR.—¡Por Dios!

PACA.—¿La va usté a nombrá su hija adortiva?

MAR.—Tampoco.

PACA.—¿La va usté a jacé heredera de sus millones?

MAR.—Aunque no tengo ni mujer, ni hijos, ni familia de ninguna clase, tampoco, por que esa mujer llegará a ser rica por ella misma.

PACA.—Borrica querrá usté decí. Pues si no la va usté a jacé ni su mujé, ni su hija, ni su heredera, déjela usté en paz, y no meta usté el «remo», que también parece usté «gilí».

MAR.—En vez de reventar caballos en las carreras, o de rodar de timba en timba, me distraigo viendo cómo el corazón de una mujer se transforma, cómo de un gusano pueden salir unas alitas de luz.

PACA.—Si lo llega a usté a conocé Jesús cuando andaban recolertando a los apóstoles, no sabe la joya que se lleva. Lo que me va usté es a partir por el eje: jártese usté de sacá un negocio pa lante, eche usté los propios reaños en agenciarse lo más o lo menos, pa que venga un Marqués chiflao, sí señor, chiflao, (El se ríe.) y sonsaque a la muchacha, y las traiga de cabeza, y convierta esto en el teatro Español. ¡La María Tubau que va a salí de Gloria!

MAR.—Y muy bien que la imita, como imita también a la Guerrero, a la Cobeña, a Rosario Pino, a Loreto Prado, y a otras celebridades.

PACA.—Le lleva ya a usté gastao un capital en trajes de aparato y de rimbombancia.

MAR.—Mejor; Gloria irá al teatro; será una notabilidad. Hoy vendrá a verla declamar un empresario.

PACA.—Na, que me va usté a estrellá; voy a morí como arpa vieja.

MAR.—¡De todas maneras ella levantaría el vuelo!...

PACA.—En amarrándola corto...

MAR.—¡Cualquiera amarra a esa mujer!

PACA.—En fin, señor Marqués, que se ha puesto usté que paece uno de esos que van repartiendo cartiyas laica. Me callo, por que no me quiero peleá con usté. (Al perrito, besándolo.) ¡Bonito! ¡gloria! ¡paraíso! ¿Quién te quiere a tí? ¿quién es tu mamá? (Llamando.) «¿Céfiro?» «¿Céfiro?».

CÉF.—(Tipo afeminado.) ¡Ay Jesú, no me nombre usté tanto, que repite usté más que un cuco!

PACA.—Mira, toma esos dos reales y tráete der puesto de flores de la esquina, una docena de claveles pa la gente.

CÉF.—Será usté servida con fino deseo y firme voluntá.

PACA.—Anda, que siempre tienes gana de retozo

CÉF.-(Fijándose en las polainas que lleva el Marqués.) Señó Marqués: ¿se arquilan?

MAR.—¿Qué?...

CÉF.—Las botas: ¡como llevan papeletas, como los barcones!...

MAR.—Verás si de un puntapié vas a parar al puesto. (Vase corriendo.)

Marqués, Paca y Lola. Esta, con una bata de color de rosa y la cola exageradamente larga: viene comiéndose una suegra de rosca y un poco de chocolate crudo.

MAR.—Adiós. Lola.

PACA.—¿Habéis acabao de cenar?

LOLA.—El postre lo traigo en la mano, ¿usté gusta, señor Marqués?

MAR.—Gracias, ¿qué diablos comes?

LOLA.—Una suegra de rosca y una onza de chocolate.

PACA.—(A Lola.) Van ustés a perder el estómago con tantas golosinas. En esta casa no se comen más que garguerías.

LOLA.—¿Sabe usté qué postre está tomando Elisa?

PACA.—¿Qué?

LOLA.—Una arenca, que se la está comiendo a pellizquiyos. Y Julia está royendo caramelos.

PACA.—Se les vá a quear a ustés el estómago más frío que una garrafa.

LOLA.—Así no tendremos que tomar helao.

MAR.—¿Y Gloria?

LOLA.—Como iba usté a vení a oirla representar está noche, se está vistiendo de «maja» pa decí una relación. ¡Ay, qué bien la saca! ¡Qué lástima que esto no fuera er teatro. Se va usté a salí con la suya, señor Marqués; esa mujé va a sé una notabilidá en las tablas.

MAR.—Hace bien el género ligero; siente bien lo popular, toros, verbenas, todo lo que sea muy español.

PACA.—¡No falta más sino que tú vengas también a echar leña al fuego!

LOLA.—¡Ojalá sirviera yo también! ¡El tiempo que iba yo a tardá en salí de aquí!... Lo malo es que Dios no ha querío acordarse de mí, dándome ninguna gracia. ¡Mi alma es toa fea y negra; no hay en ella ni siquiera un punto de luz! (Fijándose en Elisa que viene con una larga bata azul.) ¡Aquí está la de la arenca!

ELI.—(Que viene comiendo.) ¿Quiere usté una túrdiga, señor Marqués?

MAR.—Gracias, no quiero morir en salmuera. Te se va a poner el estómago como un ascua.

ELI.—Sí que está esto fuertecillo. ¡Ay, bien podía usté sacarme a mí también ar público!

PACA.—La puerta la tienes de par en par.

ELI.—¡Vaya una noticia! Quiero decí, de argo en er mundo: pa salí como un perro, me basto yo.

MAR.—¿Qué aptitud tienes tú?

ELI.—Que me gusta mucho no jacer na.

MAR.—Pues métete a estatua de sepulcro y estarás tendía.

ELI.—¡Más tendía y más quieta!

LOLA.—Pa eso, mejor es estar muerta.

PACA.—En tu vía has dicho una verdá como esa.

LOLA.—¡Ay, señor Marqués! ¡quien no hubiera nacío! Er tiempo pasa sobre una como sobre un fardo, como sobre un cacho de corcho bruto que ni siente ni padece: está una acorchá, como de hule o de yesca. La memoria me se ha caío, como se cae er pelo en una enfermedá; me siento como una casa vacía. Embotá de ir y venir de una a otra población como un cajón farturao, ni siento ya los gorpes que recibo, ni er pie que me da, ni la mano que cae en mí. Ya no me acuerdo si soy catalana, o estremeña, o andaluza, o gallega. Si arguien me ha querío, no lo sé; y si a arguien he querío, tampoco lo sé. Voy como si fuera de algodón to mi cuerpo, y a veces, hasta creo que soy una mujer de mojama. ¿Pa qué estaré yo en er mundo? (Burlonamente.)

ELI.—Si te parece, te traigo un guisopo pa que te cantes tu misma er «gori, gori».

Dichos y Julia con larga bata color de oro.

JUL.—Muy buenas noches, señor Marqués.

MAR.—Buenas las tengas, Julia.

JUL.—¿Pues no me pie esta noche el cuerpo baile y guñuelos? Ya ni sabe una lo que quiere.¡Ay, esto de estar siempre metía entre cuatro paeres!... ¡Lo mismo da estar presa! Debiera usté dejarnos que saliéramos a que nos diera el sol y el aire por esos campos de Dios.

LOLA.—La cara se le va a volver a una de cera.

JUL.—Yo no he visto el sol desde que vine de Cartagena.

MAR.—Debiérais dar un paseo cada día para respirar un poco de salud.

JUL.—El sol y el aire se han jecho pa to er mundo, menos pa nosotras.

PACA.—Las voy a pasear en «cóchede».

JUL.—No necesitamos ir acompañás de pericones.

MAR.—Si vais a pelear, me voy.

ELI.—¡Er demonio de la tía!

PACA.—Haber nacío princesas.

ELI.—Y usté ¿que debía haber nacío? ¡Galápago, pa ir arrastrando por er suelo!

PACA.—¡Como coja la vara!

CÉF.—¡Aquí están los claveles! ¡Ay, no se puede ir por la calle! ¡Todo el mundo se mete con uno!

PACA.—Trae los claveles. (Se los da.)

CÉF.—Julia, a ver tíjate en mí, mujer, a ver qué encuentras en mi persona, pa que to er mundo tenga argo que decirme.

JUL.—Yo no te he encontrao nunca na.

CÉF.—Entonces ¿por qué todo el mundo tiene que decirme a mí cosas? El rubor enciende mi mejilla. ¿Por qué me hablarán a mí siempre con la voz como si estuviéramos en Carnaval?

PACA.—(Ofreciendo un clavel al Marqués.) Si usted quiere...

MAR.—(Sin tomarlo.) Gracias.

PACA.—(Repartiendo las flores.) Estas dos pa mí. (Los pone sobre una silla.) Toma tú estos tres, Lola.

LOLA.—¡Jesús, qué bonitos!

PACA.—Tú, Elisa, otros tres.

ELI.—Vengan.

PACA.—Julia, toma: los tres que te tocan.

ELI.—Yo quiero ese rojo que le quea a usted, en vez de esos tres.

PACA.—No, este rojo es pa Gloria; no quiere siempre más que uno, pero que sea encarnao.

CÉF.—Y pa mí, ¿no hay ninguno?

PACA.—¿También tú? Toma uno de los míos.

CÉF.—¡Er blanco, que es seña! de pureza! Voy a echarlo en agua pa que no se le languidezca la corola. (Vase besándolo.) ¡Ay, qué maravillas jace el Supremo Hacedor.

Marqués, Paca, Lola, Elisa y Gloria. Esta última viene vestida de maja con un soberbio traje.

JUL.—¡El rojo tiene que ser pa mí, ea!

PACA.—¿Tendremos pelotera por el clavel?

JUL.—La tendremos.

GLO.—(Apareciendo de pronto.) ¡Venga el mío, venga el mío!

MAR.—¡Qué guapa, muchacha, parece que te has escapao de un cuadro de Goya!

GLO.—¿Le gusto a usté? Aprendí las dos relaciones de versos; son recortás de mi libro y diré ca una con su traje propio.

MAR.—Bien; tendremos representación.

GLO.—Y si no sé decir los versos, ¿será usté menos bueno conmigo si no los sé decir?

MAR.—Seré lo mismo,

GLO.—(Palmoteando.) ¡Entonces, qué alegría!

MAR.—Vamos a ver; yo voy a ser juez en esta lucha por una flor. Dos mujeres que se pelean por un clavel, es un torneo que no se ve todos los días. Yo soy el tribunal. Tu Julia, contesta: ¿Por qué quieres ese clavel rojo?

JUL.—Porque es colorao.

MAR.—¿Nada más que por eso?

JUL.—¿Por qué más va a ser?

MAR.—A la que le haga una defensa más brillante, se lo doy. El clavel hay que ganárselo. Habla tú, Julia.

JUL.—Pos un clavel rojo es bonito... porque es bonito.

LOLA.—Eso ya lo sabemos,

ELI.—¡Claro!

PACA.—¡Te se habrá queao er sentío bajeando!

MAR.—¿Qué te recuerda a tí un clavel rojo? ¿Ni su olor, ni su color, ni su forma te recuerdan nada?

JUL.—Su figura, me recuerda,.. que es un clavel; su color, me recuerda... que tiene coló, y su oló, me sirnifica... que güele.

LOLA.—¡Eres una fiera!

ELI.—¡Ni Castelá tié que ve con esta!

MAR.—Pues si no tienes más cosas qué decir, Gloria tiene la palabra.

GLO.—Me gustan los claveles rojos, porque me recuerdan la tocata que echaba un organillo siempre que al medio día yo regaba los claveles de mi ventana. Cuando estaba rociándolos con los chorrillos de la regadera, «¡pum!» el organillo soltaba la canción Era un pasa-calle que echaba chirivitas de alegría y que ca vez que yo me ponía triste, con su música me resucitaba. A aquel organillo le tengo yo mucho agraecimiento.

ELI.—¡Mira que estarle agraecía a un organillo!

MAR.—Dejarla; sigue, Gloria.

GLO.—Un clavel rojo me parece muchas cosas, un llama rizá por unas tenacillas de oro; una copla de cariño, una jería de un torero... ¿Verdá, señor Marqués, que los claveles están hechos de sangre de toro?

MAR.—Efectivamente.

GLO.—Puesto un clavé rojo sobre el pecho, (Se lo pone.) parece el corazón que se le ha salío a una der pecho. (Respirando fuerte.) ¿Ve usté? ¡Parece un barquito que va navegando! Un clavel rojo puesto en el pelo de este modo (Se lo pone.) parece un pensamiento rojo por el cariño, rojo por el querer, que se asoma entre los rizos, pa vé si viene el hombre que una quiere.

ELI.—¡Olé, chiquilla!

LOLA.—¡Vaya bonito eso!

MAR.—Como que Gloria será una actriz.

GLO.-¡Que más quisiera yo que ser eso! Cuando yo estoy oliendo un clavel rojo, con los ojos entornaos, veo abrirse un mantón de Manila como si fuese un trozo de jardín ribeteao de flecos. Veo las rondallas de Aragón, las parrandas andaluzas, los naranjos de Valencia, las palmeras de Alicante y los balcones de Sevilla.

LOLA.—Pa lo que te farta, dí entonces que toa España es un clavel.

GLO.-¡Metía toa ella en un vaso, que es el mar! No tengo más que decir. (Se sienta.)

MAR.—Ahora, Julia, tú misma vas a decir para quién es el clavel, si para tí o para Gloria.

JUL.—(Con entusiasmo.) ¡Pa ella, que se lo ha ganao en ley de Dios!

MAR.—Bien por las mujeres generosas. Y ahora dí los versos sevillanos de la corría, que también hablan de un clavel.

GLO.—(Declamando de un modo admirable.)

«Diré por qué el alma mía
amó en el circo español,
a un torero que tenía
la cara en salú teñía
por los pinceles del sol.
La única vez que le ví,
a mi reja se acercó
buscando amores de mí;
¡no me gustaba, y le dí
la puntilla, con un «no»!
Medio borracho de pena
y con voz bañá de llorá,
volvió a mi la faz morena,
y dijo: «¡Mañana un toro
me dará muerte en la arena!
Vaya usté a mi funeral
y lleve un rojo clavel
como mi hería mortal;
si lo echa usté al redondel
será de amarme en señal.»
Eso me dijo el espada
de faz morena y pintada
por los ardores del sol;
¡y de claveles ornada

acudí al circo español!
La plaza era un mar hirviente
y la luz, como un cuchillo
de filo resplandeciente,
recortaba con su brillo
mantillas, flores y gente.
Salió al circo resoplando
con estampido salvaje
un toro manoteando
que bufaba de coraje
su propia sombra escarbando.
Y así que los picadores
hicieron mil maravillas,
llevó, tras de cien primores
tres pares de banderillas
que eran seis ramos de flores.
Tomó el torero la espada,
y dirigiendo hacia mí
la valerosa mirada,
me dijo cortés así
con la voz emocionada:
«Brindo, mujer o maceta
de algún jardín andaluz,
porque sobre esta muleta
me arroje el clavel de luz
que va bajo esa peineta.
Y si la flor que busqué
no arroja usté entre los dos,
al toro me arrojaré
y viéndola moriré,
que es morir mirando a Dios.
¿Qué iba yo a hacer del espada
sin arrojarle el clavel?
Cogí el clavel, encarnada,
y fué a dar la flor en él
igual que una llamarada.
Con la muleta de seda
después pasa al animal;
luego apuntando se queda
¡y a sus pies el toro rueda
de una estocada mortal!
Vino después hacia mí
y me dijo alegre así:
«No me cogió el toro aquel
mire usté la muerte aquí,
¡¡la herida es este clavel!!»

(Al acabar Gloria, ríe sin saber si lo ha hecho bien o mal.)

GLO.—No lo he sabío decir, ¿verdaar

MAR.—Lo has dicho a la perfección. Serás una actriz. Tú sientes la vocación del teatro.

LOLA.—¡Has estao pero de verdá!

JUL.—¡Que sí, chiquilla!

PACA.—(Aparte.) ¡Y que este hombre quiera quitarme a mí esta mujer!

ELI.—Dí la otra relación, anda.

MAR.—Sí; pero quiero que la oiga un empresario de teatros amigo que va a venir.

GLO.—¿De verdad? ¿Pero me van a contratar?

MAR.—Ya veremos; mientras viene, anda y vístete de lo otro.

GLO.—(Yéndose y en tono triste.) ¡Si por fin Dios me irá a sacar de esta vía!

Dichos y el señor Fabricio, empresario de teatros de «género chico».

MAR.—Hombre, señor Fabricio, ahora mismo estábamos hablando de usted.

FAB.—Pos aquí estoy, tó entero.

MAR.—La muchacha de quien le tengo a usted hablado, acaba de declamar una relación de toros, y ha ido a mudarse de traje para decir otra.

FAB.—La oiremos, y a ver si esa niña sirve para er género chico.

LOLA.—Ya lo creo que sirve.

FAB.—(A ella.) Y tú también sirves. (Malicioso.)

LOLA.—Gracias.

FAB.—¡Qué niñas más bonitas hay en esta casa!

PACA.—Muchas gracias, caballero; es favó. Esta, Lola, es sevillana. Elisa es granadina. Y aquella, Julia, es malagueña.

FAB.—Es decir, que una es de la tierra del azajár, otra de la tierra de los cármenes y otra de la tierra de los boquerones.

LOLA.—Y usté, ¿de dónde es?

FAB.—De Mucha miel.

ELI.—¿Eso será argún pueblo?

FAB.—De Alicante.

LOLA.—Y la miel de ese pueblo ¿es miel de... «prima»?

FAB.—De «primo», servidor de usté. Cuando yo vaya a mi pueblo, tengo que traerles a ustés un enjambre... en er sombrero.

JUL.—Iba usté a venir echando chorreones de miel por la cara.

FAB.—Y por el corazón; en él tengo yo otro enjambre, que es el que labra er queré que yo le tengo a las mujeres bonitas.

MAR.—¿Eh? ¿qué tal, niñas? ¡Si sabré yo tener amigos!

ELI.—¡Como que es natural de la tierra de las cormenas!...

FAB.—Por eso llevo siempre abejas enreás a la ropa.

Dichos y Gloria. Esta viene vestida de pescador malagueño con una falda a volantes hasta arriba, sumamente ceñida, sombrero ancho, blusa recogida por la faja a la cintura, y los largos cenachos malagueños colgados de los codos.

FAB.—¡Buena mujer, sobre-buena! ¿Era esta niña la que esperábamos?

MAR.—La misma. ¡Bien por Málaga!

FAB.—¡Y por sus mujeres! ¿Sabe usté lo que le digo, señor marqués?

MAR.—Usted dirá.

FAB.—Que esta niña está ya contratá.

MAR.—¿Sin oirla?

FAB.—Con verla basta.

GLO.—Eso no; si usté me contrata, quiero que sea por que yo sepa hacerlo.

FAB.—¿Y qué relación vas a decí?

GLO.—Una relación malagueña.

FAB.—Hablará de boquerones.

GLO.—No hay más que ver los cenachos.

PACA.-(Aparte a Fabricio, al oído) Cincuenta duros le doy a usté si no la contrata.

FAB.—Eso está ganao con esta mujé en un pestañeá.

PACA.—(Aparte.) Hablaremos.

FAB.—Conque niña, venga esa relación y nos refrescaremos el arma.

GLO.—(Declamando a la perfección.)

Siempre por la calle arriba,
siempre por la calle abajo,
lo mismo que un peso voy
entre este par de cenachos.
Son las tazas, las dos pleitas;
los dos hierros, mis dos brazos;
y el fiel... ¡es el corazón
que llevo aquí trabajando!
Trabaja por una moza
cuyo cuerpo, huele a nardos;
cuyo andar, suelta claveles;
cuyo mirar, siembra rayos.
La oye usté hablar, y parece
que hay una fiesta en sus labios;
la oye usté reir, y piensa
que a gloria están repicando,
la ve usté bajar los ojos,
y anochece de porrazo;
la ve usté abrirlos, y sueña
que es el domingo de Ramos.
Pues esa mujer me tiene
tan loco y enamorao,
que voy como quien va preso
entre sus negros ojazos;
y para que siempre vea
que de su calle no salgo,
canto alegre: «¡Boquerones,
vivitos y coleando!» (No canta el pregón.)

***

Sale entonces a la reja
aquel palmito bizarro,
con un mantón sobre el seno
que se resiste a taparlo.
Dejo la carga en la acera,
la teja de flores abro,
y hundo en la reja el semblante
lo mismo que en un sagrario;
y apenas a borbotones
rompemos los dos a hablarnos
enredando las miradas,
las razones y los labios,
sin que yo evitarlo pueda,
acuden a los cenachos
cuantos gatos me conocen
por mi pregón, en el barrio.
Y forman tal cipizape
de gritos y de arañazos
entre embestidas furiosas
y mordeduras de rabos,
que no se escucha palabra
de nuestro tierno diálogo;
y hay que colgarse de nuevo
en los codos los cenachos,
y pregonar: «¡Boquerones,
vivitos y coleando!» (No canta el pregón.)

***

No bien la calle recorro,
hacia atrás vuelvo los pasos,
y torno la calle arriba,
y vuelvo la calle abajo.
Lo que ando por una acera,
por la opuesta lo desando,
y vuelvo a echar el pespunte
y vuelvo a desbaratarlo.
No hay en la calle una piedra
que no se sepa mis pasos,
ni grieta que no conserve

un lagrimón de mis párpados.
Cada clavel de las rejas,
cada rosa y cada nardo,
tienen un suspiro mío
entre sus hojas colgando.
Cada listón de persiana
lo mismo verde que blanco,
tiene, cual renglón de un libro,
impreso el pregón que canto;
tanto las ratas me han visto,
que ya no les doy espanto,
y me corren por las piernas,
por el cuello y por los brazos.
Un mirlo que hay en la esquina,
se pasa el día silbando
cuanto sufro, y cuanto lloro,
cuanto gimo, y cuanto hablo.
Y hay también una cotorra,
discípula de mi canto,
que siempre está: «¡Boquerones,
vivitos y coleando!» (Imitando a la cotorra.) Pero yo, firme que firme,
y con andares bizarros,
torno por la calle arriba,
vuelvo por la calle abajo.
Y aunque el barrio entero venga
a rematarme a balazos,
canto siempre: «¡Boquerones,
vivitos y coleando!»
(Vase cantando el pregón, largo y artístico.)

FAB.—¡Pero esta mujer es un prodigio!

MAR.—¿Qué tal le parece?

FAB.—¡Contratada, contratada!

PACA.—(Al oído de Fabricio.) Cien duros.

FAB.—(Aparte.) No me trae cuenta, maestra.

LOLA.—¡Yo estoy encantá!

FAB.—(Al marqués.) Usté la llevará cuando quiera al teatro. Y como anda uno tan atareao con tanto asunto, me liquido: con que adiós, niñas.

MAR.—Nos iremos juntos y hablaremos.

LOLA.—¡Vaya usté con Dió, zángano, que se lleva usté la abeja mejó de esta cormena!

ELI.—Voy a ponerme los claveles.

JUL.—Y yo.

ELI.—Yo también.

GLO.—(Que vuelve sin el sombrero y sin los cenachos: al ama que se va.) Ama, dígale usté a Céfiro que me traiga mi libro de versos, que está encima de mi mesa.

PACA.—Bueno. (Al perrito, poniéndolo en alto, como si fuese un niño.) ¿Te ha gustao, bonito, hijo de mis entrañas? ¿Quién es tu mamá? ¿Quién es tu mamá? (Besándolo.) ¡Bendito seas!

Gloria; a poco Céfiro con el libro, leyéndolo.

GLO.—(Sola.) ¡Y si luego no resurto en el teatro! ¡Y si esta alegría es pa que luego sea la pena más grande! ¿Qué jaré? (Cae pensativa en un asiento.)

CEF.—(Por el foro, leyendo en el libro.)
«Vital aliento de la madre Venus,
»sutil murmullo de la verde selva,
»hálito puro que las rosas mueve,
»Céfiro blando.»
¡Caramba, esto es a mí! ¡Si me habrán puesto en verso! Oye, Gloria: ¿esto se refiere a mí?

GLO.—¿Qué?

CEF.—Mira. (Leyendo.)
«Efluvio dulce que el jardín orea,
»rumor liviano que en las flores vive,
»huésped no visto de las ramas flébiles;
»Céfiro, ven.»
¡Demonio, es una cita!

GLO.—(Con mal humor.) Deja ahí er libro y vete; ¡anda, qué yo no te vea!

CEF.—¡Ay, Jesú, que no me has dejao gota de sangre en el cuerpo! (Vase.)

GLO.—¡Qué desalentá estoy! Yo no voy a serví pa na. ¡Por dónde voy yo a tener talento! (Suena de pronto en la calle un organillo con el pasacalle que a ella le gusta. Puede ser la canción de los «claveles dobles».) ¡El organillo, «mi» organillo; «mi» pasacalle! ¿Será la voz de Dió? ¡Saldré por fin de esta casa! ¡A to el que entra por esa puerta le debían rebanar el pezcuezo!

ALE.—(Con Angeles del brazo y sin la sotana que se quitó al bailar en el acto anterior.) ¡Presente. Buenas noches, Gloria!

GLO.—Buenas las tenga usté. (Aparte.) El cuervo con la paloma.

ANG.—(Con asombro.) Pero, ¿qué es esto? ¿De quién es esta casa?

ALE.—Ya lo sabrás, tontuela. ¡Ja, ja! Acuérdate de lo que te dijo tu madre; que me obedecieras en todo.

ANG.—¡Pero, Dios mío! ¡Esto es muy extraño!

GLO.—(Aparte.) ¡Como la traigas engañá, te vas a lucir!

ALE.—Verás qué alegres son estas muchachas; nos divertiremos; ya verás.

ANG.-(A Alegrías.) Vámonos, vámonos; yo me quiero ir, yo me quiero ir de aquí.

GLO.—(Con ternura.) ¡Qué niña tan bonita trae usté!

ALE.—Sí... ¿Y Paca?

GLO.—Por ahí dentro anda. (Alegrías desaparece un momento buscando al ama.) Diga usté, joven: ¿usté sabe qué casa es ésta?

ANG.—No señora.

GLO.—¿Usté viene aquí porque quiere?

ANG.—No señora; me trae don Jesús; dice que esta es la casa de unas amigas.

GLO.-No diga usté más. Esta casa, ¿sabe usté, niña?, es una mala casa, pero ahora, después de eso que usté me ha dicho, está usté aquí más sagrá que en la iglesia.

ANG.—¡Dios mío, Dios mío!

GLO.—No tema usté, no tema.

Angeles, Gloria, Lola, Julia, Elisa, Paca, Céfiro y don Jesús. Este entra con Paca, ambos accionando como si hablaran de Angeles.

LOLA.—¡A bailá, a bailá!

ELI.—Sí; que toca el organillo.

GLO.—Es «mi» pasacalle; a bailarlo bien.

JUL.—Tú, Céfiro, baila conmigo.

GLO.—El padre Alegrías bailará con Paca; Lola con Elisa; y esta niña y yo miraremos.

ALE.—Con esa niña baila este cura.

GLO.-No; con ese cura baila el ama, y si usté quiere, yo; pero esta niña no baila.

ALE.—Siempre tienes ganas de bromas; te voy a comprar un sonajero. ¿Por qué no quieres que baile yo con esa flor de abril?

GLO.—Porque no vaya usté a... tiznarla; esta niña es pa puesta en un altar.

ALE.—En er de mi corazoncito le tengo yo dos velas encendías.

GLO.—Pos el altar se ha queao vacío y las velas apagás.

PACA.—Mira, ¿qué tienes tú que meterte en las cosas de don Jesús?

GLO.—Es que me gusta meterme en los charcos.

PACA.—(Con imperio.) Fuera de aquí toas; ¡eh, fuera, fuera!

LOLA.—¿Jacemos daño con bailá?

PACA.—Fuera digo. (El organillo calla.)

ELI.—No paece sino que semos esclavas.

JUL.—¡Si hasta tiene un látigo pa darnos con él!

CEF.—Ande usté, ¡arrendataria! ¡¡Contratista!! ¡¡¡Rematanta!!!

PACA.—(A Gloria.) Tú, largo también, y usté, niña, entre aquí dentro.

ANG.—Yo no entro ahí.

GLO.—Y estando yo aquí, menos.

ALE.—¿De modo que tienes gana de que yo te dé un par de puntapiés?

GLO.—Pa eso, es usté poco «sacerdote».

ALE.—Paca, déjenos usté; yo la meteré en cintura.

PACA.—Aentro, Gloria.

ALE.—Le ruego a usté que me deje con ella. Váyase, váyase.

PACA.—(Yéndose.) Pues arreglarse ahí, o romperse la crisma.

Angeles, Gloria y Alegrías.

ALE.—(A Gloria.) Puesto que no te quieres ir, te echaré yo.

GLO.—Si me toca usté a mí a la ropa, es el último día de su vía.

ALE.—¿Qué no? ¡Mira! (La coje y la empuja hacia una puerta. Ambas forcejean.)

GLO.—¡Suelte usté, condenao!

ANG.—¡Que se matan! ¡Socorro, socorro!

ALE.—¿Que te suelte? No lo esperes. Adentro, ¡al cuarto de los trastos vas a ir!

GLO.—¡Pa trasto, tú!

ALE.—¡Adentro!

GLO.—¡Que no!

ALE.—¡Adentro!

GLO.—¡Difícil será!

ALE.—¡Digo que ha de ser adentro!

GLO.—¡Sí, pero tú; no yo! (Gloria le da un gran empellón, y don Jesús, dando traspiés, entra en la habitación. En el acto de entrar, Gloria echa el cerrojo, se vuelve, con la espalda pegada a la puerta, a Angeles, y dice:)

GLO.—¿Ve usté cómo no le pasaba a usté na en esta casa? Ahora voy yo a acompañarla a usted a la suya. Voy por la mantilla. ¡No tema usted, no tema, no tema! (Desaparece.)

Angeles, y don Jesús encerrado, que zarandea la puerta hasta violentarla y salir.

ANG.—(Al ver que sale.) ¡Ay! ¡Madre, madre mía!

ALE.—No corras.

ANG.—¡Madre, madre! ¡Por aquí será la salida!

ALE.—(Persiguiéndola.) ¿Qué te has de ir?

LUIS.—(Asomando por la puerta del foro. Es el novio de la blusa, despedido en la primera escena de esta obra. Aparte.) ¡Le perdí la pista, y al fin lo encuentro!

ANG.—(Al ver a Luis, arrojándose en sus brazos. El la retiene en brava actitud de defensa.) ¡Luis! ¡Tú! ¡Dios te trae! ¡Sálvame!

ALE.—(Suspendiendo la carrera.) ¿Qué es esto? ¿Quién es usté?

LUIS.—¿Que quién soy? Un hombre más caballero que usté, so canalla. Si es usté capaz, venga usté por ella. ¡A que no es usté capaz! ¡A que no! ¡A que no! Canalla, cobarde, cobarde, cobarde.

JORNADA TERCERA

Sala de doña Pascasia, de la jornada primera. Antes de alzarse el telón, se oyen un momento las seguidillas que Rosa y Matilde empezaron a bailar al caer el telón en la jornada primera. Hay absoluta necesidad de que el público vea claramente que el baile es el mismo que quedó roto al caer el telón en la jornada primera, es decir, que sigue la reunión de la jornada primera, por el mismo punto en que quedó rota. A poco, cesa el baile

Doña Pascasia, Matilde, Rosa, Enriqueta, Paco y «Suspiros».

MAT.—¡Qué bien las toca usté, «Suspiros»!

ROSA.—Es verdá; se bailan ellas solas.

SUS.—No salen más que regulá.

ENR.—Eso es modestia.

PACO.—Toca usté, señor de «Suspiros», lo mismito que toreaba er Guerra. ¡Hijo de mi arma!

PAS.—Aparte. Fijándose en la sotana que el Padre Jesús se quitó bailando en el acto primero y que fué a caer a un rincón.) ¿Qué trapo es éste? ¡Anda, si es la sotana que se quitó, bailando, el «Padre Alegrías»! (La pone sobre una silla.)

ROSA.—Pero yo hubiera querío oir cantar y tocar a don Jesús.

MAT.—Sí, llámelo usté, doña Pascasia.

ENR.—También yo desearía oírlo; dígale usté que venga

SUS.—Y yo lo acompañaría con mucho gusto.

PACO.—Hágalo usté venir, y después seguirá su conferencia con Angeles.

PAS.—Dejarlo, dejarlo con ella, que el aconsejarla bien es más importante que bailar unas peteneras.

ROSA.—Hasta que no la meta usté en un convento, no va usté a parar.

PAS.—¿Dónde más segura contra los peligros der mundo? ¡Así don Jesús consiga meterla en el claustro!

MAT.—No,lo que es como siga usté con su tema, monja tendremos.¡Pobre amiga!

ENR.—Pero doña Pascasia, si Angeles no tiene vocación para eso. Cuántas malas monjas y cuántos malos sacerdotes hay en el mundo, porque sus padres los hacen a la fuerza. Esto no es criticá, líbreme Dios; solo lo digo por el cariño que le tengo a Angeles.

PACO.—Yo creo que mi hermana tiene razón. ¿Qué hubieran conseguío mis padres, por ejemplo, con meterme a mí a clérigo, si a mí, lo que me pie el cuerpo son corrías de toros?

PAS.—Agradezco a ustede sus oservaciones, pero no desisío. Al mes de que don Jesús consiga meterla en la celda, se acostumbraría. Los artares, el órgano.

las capilla, los canto de las monja, los rezo, los maitine, cautivarían su corazón y sería una excelente sierva del Señor.

SUS.—¿Y pa eso he enseñao yo a Angeles a tocá la guitarra? ¡Qué lástima de discípula!

PACO.—Yo he notao que quizás le guste más que ir a un sermón, ir a una novillá, sin que esto quiá decí ná malo.

PAS.—Los ejercicio diario, la oración, la pa der convento, traerían a su arma la visión de Dió y sería un corazón ganao para la soledá. ¡Qué mérito para mí, pobre pecadora, er día en que yo comparezca ante el Artísimo, y en descargo de mis curpa, le diga: «Yo ortuve para vuestro servicio, el arma de mi hija.» Ustedes creen que el convento es una casa triste, y estái en un erró; hay jardín, hay pájaros, hay huerta que curtivan las monjas mismas, hay flores; y no hay cosa más divina que las manos de argunas hermana, pa jacé toda clase de confituras. Sor Favila, que vendrá a darme también los día, es una monja muy alegre y 2abe más de golosinas que er que inventó los merengues.

SUS.—Pero, doña Pascasia, que paece que estamo rezando er trisagio con esa letanía. Vamo a hablá de argo alegre.

PAS.—¡Para er buen católico, no hay mayor alegría que hablar de las gloria de Dió.

ENR.—En fin, doña Pascasia, ca uno con su ilusión, y Jesucristo le aumente a usté la fe, pero lo que es yo, arañaba a quien me quisiera a mímeté a monja.

ROSA.—Y yo.

MAT.—Lo mismo digo. Entre abrazarme a la Cruz, o a un esposo de veras, prefiero un marío de carne y güeso. ¡Ca una es como es! (Con gachonería a Paco.) Y usté, Paco, ¿se metería a fraile?

PACO.—Si usté se metía a monja, sí.

MAT.—Pos entonces, espere usté sentao.

PACO.—Senteo no, que hay que marcharse, va que hemos cumplimentao a doña Pascasia.

PAS.—¿Dónde vais tan pronto? Estarse otro poquito.

ROSA.—A Matilde y a mí, nos vendrá bien que Enriqueta y Paco nos dejaran, de paso, en nuestras casas, y así no tendrían que mandá por nosotras.

PACO.—Con mucho gusto, y por el camino decidiremos si ceñimos el hábito.

MAT.—¡Ay, qué malo es este Paco!

ROSA.—¿Vamos?

SUS.—Vamos; yo también tomo el olivo.

ENR.—Despídanos usté de Angeles cuando acabe de conferenciá con el padre Jesús.

PAS.—Ir con dios, ir con dios; ya las despediré a ustede. (Vanse.)

Doña Pascasia y don Homobono.

HOMO.—¿Se ha ido ya esa gente? ¡Mira que tengo yo unas ganas de fiesta!

PAS.—Eres un hurón.

HOMO.—Y tú eres una tonta.

PAS.—¿Me meto yo en tus sellos ni en tus cosas? Pues déjame a mí con mis visitas.

HOMO.—Esta casa es una cosa rara: tienes amigas monjas, y amigos que tocan la guitarra; enseñas a tu hija a amar a Dios, y la enseñas a tocar los palillos; te haces cruces con agua bendita, y te llenas la boca de peladillas; eres una beata ingerta en bailarina. Lo mismo te regalas el bandullo tragando buenos platos, que te sacudes con las correas hasta levantarte verdugones; lo mismo te gusta oir un sermón que ver bailar unas seguidillas, e igual te dá decir «dóminus bovisco», que «venga de ahí».

PAS.—No tienes siquiera la consideración de que es mi cumpleaños, y me estás dando los días.

HOMO.—Eso de celebrar los días recibiendo, se queda para la clase aristocrática, no para nosotros.

PAS.—Si das en que pesque un berrinche, cojo y me voy a las cuarenta horas.

HOMO.—¡Cuarenta horas sin verte; algo es!

PAS.—(Por la derecha.) Me voy sí, me voy.

ASUN.—(Entrando.) ¡Ay, si será él, que tira así de la campanilla! (Abriendo.) ¿No lo dije? ¿eres tú?

RAP.—(Entrando.) ¿Y tú, eres tú?
ASUN.—¿Iba a ser otra?
RAP.—Si fueras otra, no te querría.
ASUN.—Entonces, seré siempre la misma.
RAP.—Oye, ¿no ha quedao por ahí ningún durce trasconejao?
ASUN.—La fuente de natillas sin empezar.
RAP.—Tráela.
ASUN.—¿Pero te vas a meter la fuente en el estómago?
RAP.—La fuente no; lo que tiene.
ASUN.—Ya te contentarás con unas poquitas.
RAP.—Pues venga de ahí, pero tráete dos cucharas, porque media castañeta no forma alegría.
ASUN.—¡Ay, qué gracia! ¿dos cucharas son una castañeta? Mira, no te farta razón. Tienes la ropa llena de gotas de cera.
RAP.—Esas que te parecen a ti gotas de cera, son lágrimas.
ASUN.—¿Que lloras tú por mí?
RAP.—¡Y son tan espesas, que se cuajan!
ASUN.—¡Ay que Rapavelas! Oye.
RAP.—¿Qué?
ASUN.—Cuándo te afeitas, me gusta lo azú que te quea en er canutiyo del labio superió.
RAP.—Más me gusta a mí cuando me das er dinero pa afeitarme. Tráete las natillas, que estoy debilitao.
ASUN.—Voy. (Vase y vuelve en el instante.)
RAP.—(Aparte.) ¡La arremetía que les voy a dar!...
ASUN.—Aquí están. No hables fuerte; dejaré la puerta abierta y si sentimos que viene alguien, ¡vuelas!
RAP.—¿Con el plato?
ASUN.—Pa tí es...
RAP.—¿Traes las dos cucharas?
ASUN.—Toma la tuya.
RAP.-Pero que no repique contra el plato; esto sí que se llama bailar unas seguidillas en silencio. Oye: ¿por qué a la gente de iglesia nos gustará tanto lo dulce?
ASUN.—¡Cómo las rebañas!
RAP.—Y si estuviera solo, lamía el plato: la gente eclesiástica somos así.
ASUN.—Arguien viene.
RAP.—Pues me voy a dar el tercer repique. Adiós.
ASUN.—Que toques bien fuerte.
ASUN.—¡La campanilla! ¿si será que vuelve?
CIR.—(Entrando.) ¿Está el señor don Homobono?
ASUN.—Sí señor, pase usté.
CIR.—Dígale que está don Cirilo Martínez.
ASUN.—En seguía. (Vase.)
HOMO.—(Saliendo.) ¡Oh, mi famoso don Cirilo! ¿cómo está usted?
CIR.—Bien ¿y usted?
HOMO.—Vamos tirando.
CIR.—Siendo el cumpleaños de doña Pascasia, he querido venir a felicitarla.
HOMO.—Gracias. Nunca estaré a usted bastante agradecido por haberme contagiado de la culta afición de los sellos: la filatelia es hoy mi entretenimiento.
CIR.—Es una afición noble, siempre que no distraiga de otros asuntos.
HOMO.—¿Y qué? ¿no hacemos ningún cambalache? Mire usted los duplicados que tengo. (Toma varias cajitas de una mesa).
CIR.—Tambien traigo yo algunos.
HOMO.—Veamos. Pero ante todo: ¿usted sabe quién fué Amalarico?
CIR.—Creo que un Arzobispo de Constantinopla.
HOMO. Lo digo porque tengo un sello que me parece que representa a ese señor.
CIR.—De ahí viene, por cierto, aquello de «al Arzobispo de Constantinopla lo van a desconstantinoplanizar».

HOMO.—(Al sonar la campanilla.) Asunción.
ASUN.—¿Señor?
HOMO.—Que llaman.
ASUN.—Voy. (Entra Sor Favila. Viene vestida modestamente en traje no religioso.)
HOMO.—(Aparte.) ¡Adiós, la palomita mensajera!
CIR.—¿Qué?...
HOMO.—Nada, nada; hoy tengo la cabeza a pájaros.
FAV.—¿Qué tal? ¿y Pascasia?
HOMO.—(De pie, como don Cirilo.) Ahí dentro anda.
ASUN.—Voy a avisarle. (Vase.)
HOMO.—(Haciendo la presentación.) Nuestra amiga Sor Favila.
CIR.—Mucho gusto...
HOMO.—(Presentando a su amigo.) Don Cirilo Martínez.
FAV.—Mucho honor... Siéntense ustedes.

Dichos, que siguen hablando aparte; y Doña Pascasia y Sor Favila, que forman otro grupo.

PAS.—¡Amiga Sor Favila!
FAV.—¡Cara amiga Pascasia! Felices.
PAS.—Gracias, usté siempre tan amable.
FAV.—Con las buenas amigas...
PAS.—Como usté.
FAV.—¿Y Angeles?
PAS.—Por ahí dentro; la está aconsejando don Jesús.
FAV.—¿El «Padre Alegrías»?
PAS.—Sí; es íntimo de casa.
FAV.—Tiene unos ojillos ese padre...
PAS.—A mí también me hace gracia; pero es muy bueno; un pan de rosas. Quizás pronto Angeles entrará en la Congregación de las esposas del Redentó.
HOMO.—(En el otro grupo.) No, éste no es Chindasvinto.
CIR.—Sí es Chindasvinto.
HOMO.—Creo que está usted equivocado.
CIR.—¿Siendo yo empleado de correos me voy a equivocar?
PAS.—(En el grupo de las mujeres.) ¡Ay, hermana Favila! Er día en que mi hija traspase er cauce der templo, er día en que le corten los cabello ar son de los versículos del órgano, y puesto er corazón en Dió pronuncie los voto, ese día, mi alma habrá entrevisto las visione der Paraíso!
FAV.—¡Haga er cielo que baje sobre ella el Espìritu Santo!
PAS.—Bajará.
FAV.—Hablando de otra cosa: aquí está el cepo por si gusta usted darnos la limosna semanal.
PAS.—Ya lo creo; antes es el Señor que to lo der mundo. Ahí va esa pobreza.
FAV.—¡Veinte pesetitas! Gracias, Pascasia. Y ahora, como estoy haciendo falta en el convento, me voy.
PAS.—Vaya usté con Dios, y que se acuerde usté de mí en sus oracione.
FAV.—Un beso a Angeles. (Despidiéndose.) Señores...
HOMO.—La paz vaya con usted. (A Cirilo.) Dentro tengo los sellos más raros. Venga usted y los veremos. (Vanse.)

Doña Pascasia y Honorato; éste de aspecto monacal y con un cesto de higos.

HON.—¡Mi señora doña Pascasia!
PAS.—¡Mi señor don Honorato! ¿También usted se ha acordao de mí?
HON.—Aquí traigo a usted de regalo un cesto de higos.
PAS.—¿De quién son tan hermosos?
HON.—De las monjas de la «Congregación del Llanto Contínuo.»
PAS.—¡Qué buenas! ¿Cómo pagar tanto cariño?
HON.—No tienen más orgullo las hermanitas, que poseer las higueras más hermosas de la capital. Usted sabe lo que es aquella huerta, usted sabe que una maceta no está tan bien cuidada como aquel jardín: ellas lo cavan, ellas lo podan, ellas lo siembran y ellas hacen la recolección.
PAS.—Son las del «Llanto Continuo» unas hermanitas modelo.

HON.—¡Mire usted qué hermosura! Seguramente que no hay en toda la provincia fruta semejante. Mire usted: picados de los pájaros.

PAS.—Es verdá que los pájaros acuden a lo mejor. ¡Dios se los conserve para orgullo del convento!

HON.—En fin, ¿quiere usted algo para las hermanitas?

PAS.—Dígales usté, que acaso pronto tenga que darles una fausta noticia. Quizás las siervas de Dio se vean sorprendidas con una oveja má, que vaya a dar vida al claustro y sostén a la colurna de la Iglesia.

HON.—(Exagerando cómicamente.) ¡Lo que se van a alegrar de la noticia! ¡Eso no va a tener fin! Vaya, hasta otro día.

PAS.—Tome usté ese recuerdo. (Le da una moneda.)

HON.—Dios se lo premie en esta vida, y le sirva de holocausto en la otra. (Se santigua con la moneda y se la guarda. Vase.)

SUS.—(Entra muy agitado.) ¡Ay, no puedo respirar!

PAS.—¿Qué le pasa a usté?

SUS.—Es una infamia lo que he oío decir en la calle, una infamia.

PAS.—Pero ¿qué ha oío usté decí? ¡Esplíquese!

SUS.—¡Ay, doña Pascasia!

PAS.—¿Acabará usté?

SUS.—Me he liao ahí con uno a testarazos, negándole que fuese cierto. En fin, yo con decí lo que he oído, no ofendo a naide. Solamente por lo mucho que quiero a ustede, es po lo que he vuelto.

PAS.—Pero hombre de Dio ¿quiere usté reventá de una vez?

SUS.—Se dice por ahí ¡qué vilesa! que a la señorita Angeles, ¡mi discípula! la han visto entrá con don Jesús en un mal sitio.

PAS.—¿Mi hija? ¡Mentira, infamia!

SUS.—Eso he dicho yo.

PAS.—El que no quiera que yo le «arranque» la lengua, no tiene más que repetirlo delante de mí.

SUS.—Yo he dicho que Angeles no ha salío de casa, que la hemos visto tós.

PAS.—¡Pues claro que no ha salío de aquí!

SUS.—Pues querían negármelo.

PAS.—Entre usté y la verá, pa que confunda a esas malas lenguas.

¡Dichos y Enriqueta, Matilde, Rosa y Paco, también jadeantes por la carrera.

ROSA.—¡Pero, qué gentes!

MAT.—¡Cualquiera está libre de su maldá!

ENR.—¡Ya no está seguro el nombre de una, ni en la iglesia!

PACO.—Por poco tengo un disgusto con varias personas en la calle.

ROSA.—¡Pero si ha corrío el embuste por toa la población!

PAS.—¡Yo pierdo el juicio! ¿Qué es esto?

SUS.—(A Paco.) Pero ¿es que han oío ustés a esos infames lo mismo que yo? ¿Les han dicho a ustedes que?... (Le habla al oído a Paco.)

PACO.—Justo, eso, calcule usté.

ROSA.—¡Pobre amiga!

PAS.—¡De manera que esa bajeza han inventao! ¡De modo que el nombre de mi hija que es más puro que el sol, está tirao por esas calles! Entrar aquí y la veréis, para que aniquiléis a esos miserables. ¡Entrar, entrar! (Entran todos por la puerta del foro: hay una pausa en la que nada se oye, después se escucha, a lo lejos, la voz llena de intenso dolor, de doña Pascasia, que grita:) ¡Angeles, Angeles! ¡Hija mía! ¡Angeles! ¡Hija de mi alma! (Sale hecha una leona, seguida de las demás gentes.) Pero, ¿qué es esto? ¿Quién ha fraguao aquí algo del Demonio? ¡Me han robao a mi hija, me la han robao! ¡Me la han robao!

ROSA.—Cálmese usté.

MAT.—Sí, cálmese, que aquí ocurre algo extraño.

ENR.—Delante de nosotros, le dijo usté que fuese ahí dentro, porque don Jesú tenía que hablarle, y que le obedeciera.

PAS.—Quise decir que obedeciera sus consejos.

PACO.—Ya sabíamos de qué se trataba.

PAS.—¡Y el canalla se la llevao!

ROSA.—Como usté le dijo: «ve con él» y haz lo que te diga; ¡es claro! ella se creería que se trataba de ir a alguna parte.

PAS.—¡Ay mi hija! (Llora con desolación.) ¡Hija de mi alma! ¡Hija de mi corazón!

ASU.—(Que entra.) ¿Qué pasa?

PAS.—Ven aca; dí, ¿dónde está Angeles?

ASU.—Salió hace rato con don Jesús; yo le pregunté a la señorita que dónde iba, y me dijo que llevaba permiso de usted para ir con él

PAS.—Yo quise decir a la habitación de al lao, no a la calle. ¡Que no me volviera yo una centella pa caer encima de ese malvao! ¡Yo me vuelvo loca!

ASU.—¡Que se pone mala mi señora! ¿Dónde está el señor? (Vase.)

ROSA.—¡Ay, no se ponga usté así, que le va a dar a usté un soponcio!

PAS.— ¡¡Llamas del cielo!!

Dichos, Homobono, Asunción y Cirilo.

HOMO.-(Descompuesto.) ¿Qué han robao a mi hija? ¿Quién? ¿Quién la ha robao?

SUS.—Dicen que ese malvao de Alegrías.

HOMO.—Pero, ¿quién lo dice?

SUS.—En la calle lo hemos oío.

HOMO.—(A Pascasia.) ¿Dónde está tu hija? ¿Qué es esto? ¡Habla o te mato!

PAS.—Mátame, mátame. (A «Suspiros».) Entérelo usté de lo que pasa.

SUS.—(Llevándoselo a un lado.) Escuche usté. (Hablan aparte.)

PAS.—La buscaremos todos, iremos todos a arrancársela a ese canalla.

CIR.—¿Se puede saber qué es esto?

PACO.-Figúrese usté que salimos de aquí y que...(Le explica el caso con la mímica.)

PAS.—¡Hija de mis entrañas! ¡Hija de mi corazón!

TODOS.—¡Vamos, vamos!

CIR.—Señores, no hay que moverse. Sería un escándalo el que irían ustedes dando. Nadie se mueva. ¡Iré yo solo! (Vase.)

HOMO.—¡Ha consistido en una equivocación tuya! ¡Como que estás loca con tus kriselesones! ¿Estás viendo, desgraciada? También yo he descuidado la educación de mi hija, entregándotela a ti. También yo tengo mi manía. ¡La tuve (Tira las cajitas de sellos contra el suelo una a una.) Fuera reyes, fuera emperadores, fuera soberanos. Chindasvinto, Ataulfo, Teodorico, Ludovico, Amalarico; todo caiga hecho polvo. ¡Venga un arma, un arma, que voy a matar a ese miserable!

PAC.—Cordura, cordura, quieto. Ha ido ese amigo de usted.

HOMO.—Aunque haya ido quien haya ido, yo también voy. (Al ir todos hacia la puerta del foro tras de don Homobono, aparece Angeles seguida de Luis.)

ANG.—¡Madre, madre!

PAS.—(Levantándose de la butaca.) ¿Esa voz? ¡Es mi hija! ¡Dios me lá devuelve! (Abrazándose.) ¡Hija de mi vida! ¡Hija de mi sangre! ¡Lo que más quiero! (Llora.)

ANG.—(Por Luis que se ha quedado en la puerta.) ¡Ese hombre me ha salvado!

ROSA.—¡Ay, yo respiro!

MAT.—¡Pues no estoy llorando!

ENR.—Cálmate, que ya está aquí.

PACO.—(Tratando de alegrar algo el momento.) En la primera becerrá que toree, le viá brindá a usté un toro, Angeles. No llore usté.

PAS.—¡Hija mía! ¡Reina mía!

HOMO.—Deja que yo la abrace también, que también es mi hija. (Llora.)

ANG.—¡No tiene usté porqué bajar la frente, padre, gracias a ese hombre!

LUIS.—(Haciendo su relato con mucha realidad y vehemencia.) Después que de parte de usté, Angeles me despidió de esta casa, me quedé en asecho por que ya venía yo rondando a ese cuervo. Lo ví salir con Angeles del brazo, y aquello me pareció la huída del lobo que ha hecho presa. Los seguí; iban de prisa; pasó un coche y don Jesús lo paró; entraron, arreó el cochero, y entonces, corriendo como un loco, como un desesperao, seguí el coche entre la gente que volvía la cara. El coche pudo más que yo, dobló una esquina, dobló otra, otra después, y viendo que no lo podía seguir, que lo iba a perder de vista grité: «¡A ese!», «¡a ese!» Traspuso la última calle, y yo, ajogao por la carrera, a punto de caer al suelo,

me mordí las manos, me arañé de rabia: El ladrón se llevaba lo que yo más quería en el mundo. Hubiera querío en aquel momento tener el volar de un rayo, pa cojerlo, pa abrasarlo, pa dejarlo reducido a pavesas. ¿En qué escondrijo iría a meterse el ladrón? Empecé a recorrer tos los sitios malos, toas las madrigueras de la ciudá, en mi frente la venganza, en mi corazón el odio, en mi mano la muerte. Por fin e..tro en un sitio, y lo encuentro. ¡El ave de rapiña perseguía en aquel momento a la paloma! Ella se defendía y corriendo por la habitación, gritaba, llamaba a su madre; a su madre, que tan mal a mí me quiere y tan pobre idea tiene de mí. Me lié con aquel hombre a patás, a mordiscos, a puñetazos, a empujones, hasta que lo tiré al suelo y lo pisoteé como se pisotea una víbora. Eché a Angeles delante de mí, y ahí está.

PAS.—¡Yo estoy traspasá de alegría!

LUIS.—Que ustedes lo pasen bien.

PAS.—Pero ¿se va a ir ese hombre?

LUIS.—¡Yo no debo manchar esta casa con la blusa que llevo puesta!

ROSA.—¡Digo, cuando yo me quiero llevar un peazo de ella como reliquia!

MAT. —¡Y yo también!

HOMO.—La blusa de usted vale más que el propio traje del sol, que es la misma luz. ¡Angeles, abraza a ese hombre!

ANG.—¡Con toda mi alma! (Se abrazan.)

HOMO.—¡Así como he pisoteado a lo que fué mi manía, también quisiera tener al alcance de mis manos a tos los hombres sin vocación —médicos, artístas, maestros, políticos, comerciantes sin conciencia, legisladores sin fe—para marcarles con un hierro candente la cara!

LUIS.—Mueran mordíos de víboras, mueran comíos de lobos. Que les arranquen el corazón y se lo tiren a los perros; que no tengan cama donde dormir, ni mesa donde sentarse, ni amigo que los atienda, ni Dios que los consuele, ni misericordia que los ampare; el aire se les vuelva veneno, el pan una ponzoña, las piedras ascuas vivas. ¡El hábito! ¡Aquí está! ¡Ay, si ella fuese la hopa de los sacerdote sin vocación! ¡Rómpete! ¡Rásgate! (La muerde con ahinco de hiena.)

HOMO.—No, vamos a quemarla.

LUIS.—Sí, buena idea; venga un palo pa ensartarla.

ASUN.—Aquí está. (Luis la ensarta por los huecos de las mangas, y la pone en el alto; debe estar empapada por los bordes, de petróleo, para que dé una gran llamarada.)

LUIS.—Así; como si fuera un ajorcao. Tú, Angeles, préndele fuego.

ASUN.—Aquí hay fósforos.

ANG.—(Prendiéndola.) ¡Arda por siempre la vestimenta del sacerdote sin fe!

ASUN.—(Aparte.) ¡Ahora sí que debía Rapavelas echar el campanario a vuelo! (Estalla en efecto, un loco repique.) ¿No lo dije?

HOMO.—¿Oís? Hasta la iglesia repica por que desaparezca de la tierra el sacerdote que no tiene amor a Dios.

SUS.—Pos yo también quiero celebrarlo con la guitarra, tocando.

ROSA.—Y nosotras cantando. (Se cojen todos los personajes de la mano y giran en un círculo en derredor de la sotana ardiendo, y cantan al son de la guitarra esta seguidilla:)

TODOS.—La sotana que es buena—debe adorarse;—la sotana que es mala,—debe quemarse. —El cura bueno—suba a la gloria; el malo—vaya al Infierno. (El coro cantando y repitiendo la seguidilla, la sotana hecha un jirón de incendio; las campanas repicando locas en la torre y la guitarra animando el cuadro, han de dar a esta conclusión una extraordinaria grandiosidad.

Salvador Rueda

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498

TOS FERINA — QUITAFERINA LA PLANA PEREZ MARTIN ALCALA 9 MADRID

MUEBLES
de lujo y económicos.
Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.
Casa Sotoca
Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo (antes Hortaleza, 39).
Hay guardamuebles.

Farmacia de la Viuda de G. LÓPEZ
Plaza de Isabel II, 1.-Madrid.

Suaviza el cutis
Alcoholato
Lo mejor para fricción
Alcoholera. - Carmen, 10

FOTOGRAFIA
BIEDMA
CALLE DE ALCALA, 23
Teléfono M-730.-Hay ascensor

Fíjese, señora: El cabello blanco, envejece; ¿para qué parecer viejos? Usad **La Flor de Oro** y tendréis el cabello negro, lustroso y abundante. Esta tintura no contiene nitrato de plata. Se vende en las perfumerías y droguerías.

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

GALDÓS.—49. Electra.- 53.- Doña Perfecta.- 58. La loca de la casa.-62. Realidad. -82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

BENAVENTE. — 9. Todos somos unos. 10 . La copa encantada.-107. El marido de su viuda.-229. Más fuerte que el amor.-*La princesa Bebé. - *El dragon de fuego.

QUINTERO.—66. Doña Clarines.- 71. El patio.- 75. La escondida senda.- 88. El niño prodigio.**Pepita Reyes.

GUIMERA.— 113. María Rosa.- 114 Tierra baja. 196. Agua que corre.

LINARES RIVAS. 16. El Cardenal.- 99. La Cizaña.-101. Bodas de plata.

MARTINEZ SIERRA.— 9. Primavera en Otoño.-**El ama de la casa.

TAMAYO Y BAUS.—136. Un drama nuevo-209.La bola de nieve.-186.Lances de honor.- 149. La locura de amor. - 177. Lo positivo.- 214. Virginia.

DICENTA.—6. El Lobo.-14. Sobrevivirse -24. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer -60. Daniel.-69.Amor de Artistas.-77. Aurora. -92. Luciano.-**Juan José.

ZORRILLA.—188. El Alcalde Ronquillo.- 130. El Zapatero y el Rey.- 131. Sancho García.-48. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada.

VILLAESPESA.—10. El Rey Galaor.- 28. Aben-Humeya.- 37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-217. El Halconero. -**El Alcázar de las perlas.-28. La Gioconda.

MARQUINA.— 154. En Flandes se ha puesto el sol.-182 Doña María la Brava.-201 El Retablo de Agrellano.-222. Las hijas del Cid.- 195. El Rey Trovador.

RAMOS CARRION. — 84. El noveno mandamiento.- 86. La Tempestad.-95. La Bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant. 179, Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-213. La criatura.-90. La Marsellesa.

VITAL AZA.—32. Francfort.- 33. La Rebotica.- 36. Ciencias exactas.- 39. La Pravia ma.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codornices.-137. El sueño dorado.- 125. El matrimonio interino.- 225.Llovido del cielo.-197. El señor cura.-138.El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.- 191. El afinador.-200. Ferecito.

RAMOS CARRION - VITAL AZA -147. El señor Gobernador.- 119. Zaragüeta-183. Robo en despoblado.- 151. El padrón municipal 110 El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabiò.

ECHEGARAY (Miguel).—44. La viejecita.- 59. Gigantes y cabezudos.- 76. El duo de la Africana.- 91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo, no mentir.

ARNICHES.—La sobrina del cura. - 11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Doloretes.-21. La señorita de Trevelez.- 43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

ARNICHES - GARCIA ALVAREZ.— 15. Alma de Dios.- 17. El pobre Valbuena.- 70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.- 83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons. -97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.- 128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El Príncipe Casto.

GARCIA ALVAREZ-MUÑOZ SECA— 8. El verdugo de Sevilla.- 12. Fúcar XXI.- 34. La frescura de Lefuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.- 64. Pastor y Borrego.-73. Trampa y cartón.193 Faustina

PASO - ABATI.—13. El rio de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.- 206. Los Perros de presa.

PERRIN-PALACIOS.—74. La Corte de Faraón.- 80. La manta zamorana.- 81. Pedro Giménez.- 89. La Generala.-93. Pepe Galiardo.-109. El Húsar de la Guardia.- 142. Enseñanza libre.- *Cinematógrafo Nacional.-218. Certamen Nacional.-194. Cuadros disolventes.-150. La tierrra del Sol. - 123. Las mujeres de Don Juan.-146. El País de las Hadas.

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-18. El hombre que asesinó 25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coría.-31. El misterio del cuarto amarillo:-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55.-Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112.Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los gansos del Capitolio.129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militates y paisanos.-135. Muérete, ¡y verás!-139. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.-141. La barba de Carrillo.-143. El Revisor.-144. Blasco Jimeno.-145. El crimen de la calle de Leganitos,-146. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Ciclón.-156. El amor vela.-160. La señorita del almacén.-164. El Ladrón.-166. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequieta.-173. Jettatore.-180. Situacisnes cómicas en el teatro español.-181. El tenor.-185. El primer rorro. -187. Los amigos del alma.-189. La casa de los milagros.-190. El duelo. - 192. Los amantes de Teruel. - 198. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?-203.La historia del Don Juan Tenorio -207. Un negocio de oro. - 208. También la Corregidora es guapa.-210. Mister Beverley.-212. La Dama de las camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las morcillas.-220. Los piropos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-226. Las vírgenes locas.-227, El soldado de San Marcial.-228. Judith.-230. El pelo de la dehesa.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana.—22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.—72. La Tempranica.—79. El niño judío.-84. El padrino de «El Nene».-85. La balsa de aceite.—96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Trini.-162. Pancho Vironde.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El nido deiprincipal.—174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-176- La suerte de Salustisno.-184. La tragedia de Laviña.-202: La canción del olvido.-205. El As - 204. La suerte perra.-211. Tonadillas españolas (2.ª parte.)

Número atrasado: 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar.

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA y las señaladas con uno serán en breve publicadas.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

		Madrid y Provincias.	Extranjero
La Novela Corta	**Año**	**7,50**	**10,00**
La Novela Teatral	**»**	**11.50**	**14,00**
Novela Corta-Novela Teatral (Suscripción combinada.)	**»**	**17,00**	**22,00**

La suscripción empieza con el primer número de cada mes.

PAGO ANTICIPADO.—NO SE ACEPTA EN SELLOS

Madrid.---3, Calvo Asensio, 3.---Apartado 498

Publicaciones de PRENSA POPULAR

MADRID.—CALLE DE CALVO ASENSIO, 3.—APARTADO 498.

KIRIKI

1. Kiriki Bolcheviqui.- 2. Kiriki Aviador. - 3. Kiriki Caníbal-4. Kiriki Rey de fieras.5.- Kiriki Aeronauta.-6. Kiriki Apache. 7. Kiriki Detective.- 8. Kiriki Raffles.-9. Kiriki Cow-boy.-10. Kiriki Piel roja.-- 11 Kiriki Pescador.-12.. Kiriki Cazador. 3. Kiriki Nadador. - 14. Kiriki Saltimbanqui. -- 15. Kiriki Boxeador.— 16 Kiriki Espiritista.— 17. Kiriki Aladino. - 18.- Kiriki Desengañado.

COLECCION COMPLETA.—PRECIO: 20 CENTIMOS NUMERO

FRINE

1. Arte de no envejecer.--2. La mujer en el hogar. -- 3. La belleza de los ojos. -- 4. Los perfumes.-- 5. Los matrimonios.- 6. La moda según el tipo. - 7. La belleza de las manos. — 8. La belleza de la boca.—9. Los bailes.— 10. Las joyas.- 11. Las ropas.-12. Modo de ordenar la casa. 13.- Los peinados.- 14. Educación de las jóvenes. - 15. Las visitas. - 16. La belleza del pie. - 17 La belleza de la línea

COLECCION COMPLETA.—PRECIO: 15 CENTIMOS NUMERO